FEDERICO SEGUNDO, REY DE PRUSIA,

DRAMA EN TRES ACTOS.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

Federico II. Rey de Prusia.
Henrique Treslow, Teniente Coronel degradado.
Carlota, su muger.
Manfeld, padre, Consejero.
Manfeld, hijo, Capitan.
Quintus, Coronel, y Confidente del Rey.
Saldern. } Generales.
Mollendorf. }
Cristina, Criada de Carlota.
Una Actriz.
Un Ayudante.
Un Granadero.
Un Posadero.
Un Ingeniero Frances.
Dos Pretendientes.
Dos Soldados.
Un Niño que habla.
Otro Niño.
Guardias, Granaderos, Soldados, Tambores &c.

La escena es en las cercanias del Castillo de Spandau.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una casa de labrador pobre: en medio de la Escena habrá una mesa rústica con una lamparilla encendida: á sus lados estarán sentadas Carlota y Cristina, que se habrán dormido con la calceta en la mano: el teatro estará solamente iluminado con la luz de la lamparilla: al tirarse el telon dan las tres, y se aparece Henrique en el foro contemplando á las dos.

Henr. LAS tres son, y todavía
no han dexado la faena
Carlota y Cristina: ¿quién,
al mirar la competencia
que en procurar mi sustento
Ama y criada demuestran,
no se enternecerá? ¿Quién
no prorumpirá en diversas
exclamaciones, mirando
que hasta al descanso se niegan
para atender con sus manos
á la diaria subsistencia
de mi familia? ¡Oh virtud
indecible! Esposa honesta,
si no por tí y esa pobre
criada, ¿de mí qué fuera?...
¿Qué sería de mis hijos?
¿Qué habia de ser? la escena
mas lamentable que pudo
el teatro de la indigencia
representar: ya de la hambre,
devoradora, funesta

víctima hubiéramos sido
¡Ay Federico! ¿que quieras
deshermanar para mí
aquella noble clemencia
que unida con la justicia
hace que tus providencias
merezcan en toda Europa
una aceptacion completa?
¿Una calumnia de un vil
resentido de mi recta
justificacion, veinte años
de méritos en la guerra,
y tres heridas que dicen
la gloria que adquirí en ella
ha de tener confundidos?
¡Y que Federico pueda
considerarme capaz
de tener correspondencia
secreta con sus contrarios!
Cada vez que me recuerda
la memoria esta calumnia,
y que por traidor se me echa
con vilipendio del Cuerpo
en que serví, la paciencia
me falta: la tolerancia
me dexa, y á una sangrienta
venganza el honor me arrastra:
si por mis hijos no fuera ::-
Pero dexemos, discurso,
tan impotentes ideas,
y vamos á que Carlota
y Cristina un rato duerman:
pero ¿qué veo? rendidas
del afan, con la calceta
en la mano se han dormido:
no lo estraño, pues la mesma
solicitud de acabarlas,
para ir Cristina á venderlas
mañana, y con su estipendio
remediar nuestra miseria,
las ha hecho rendir al sueño.
¡Oh qué patética escena
esta para un corazon
sensible! pero se encuentran
pocos, porque el mal del pobre
el rico le considera
del modo que una batalla
que en un lienzo se demuestra,
que aunque el pintor pinte bien
el estrago de la guerra,
no enternece, porque todo
se tiene por apariencia;
pero vuélvome á mi quarto,
y ojalá que se infundiera
en su corazon la misma
tranquilidad, porque dieran
al sueño todo el tributo
que han menester sus tareas.
se retira.

Carl. ¡Ay de mí! yo me he dormido...
despierta.
y no podré... ¡suerte adversa!
concluir... Pero Cristina
tambien dormida se encuentra...
todo á media voz.
¿Cristina?

Henr. Calla, Carlota, *vuelve.*
déxala que un rato duerma.

Carl. Es que no podremos la obra
rematar si se la dexa.

Henr. Está tan cansada ::-

Carl. Es cierto,
pero está fundada en ella
la manutencion de todos
de mañana.

Henr. Me penetran
el corazon tus razones.
¡Ay Carlota! ¡que no pueda,
por la herida de este brazo
diestro, dedicar mis fuerzas
en el arado y la azada,
beneficiando una tierra
que minorasen sus frutos
en parte nuestras miserias!

Carl. ¿Y tú habias de emplearte
en tan humildes faenas?

Henr. El ganar con honradez
el pan nunca ha sido afrenta.

Carl. ¿Pero un noble? ::-

Henr. ¿Qué profieres?
¿juzgas tú que la nobleza
es acaso un privilegio
que exîme de las honestas
tareas al hombre ilustre?
Si este timbre le exîmiera
de ellas, en vez de ser util

á

á una Monarquia, fuera
perjudicial; y aunque vemos
que muchos abusan de esta
gracia, y son impunemente
vagos; todos los que piensan
bien los tienen á estos tales
por las heces de la tierra.

Carl. ¿No podias, una vez
que Federico se encuentra
exercitando sus tropas
en la llanura que media
entre el pueblo y Spandau,
descubrirle tu pobreza
para que la remediara
ó á tu empleo te volviera?

Henr. Es así; pero Manfeld
padre impedirá que vea
al Monarca.

Carl. ¿Y no podias
presentarte en la Audiencia
como los demas?

Henr. Bien dices;
pero hay que tomar la venia
primero; y, como otras veces,
temo que me excluyan de ella.

Carl. Anímate, que el enojo
en Federico no reyna
sino unos breves instantes,
y pasados se serena;
con que vé allá, que yo espero
que su notoria clemencia,
si no te vuelve á tu empleo,
atenderá tu miseria.

Henr. De su humanidad la Prusia
tiene reiteradas pruebas;
pero nací desdichado
yo::-

Carl. ¿Acaso qué es lo que arriesgas
en presentarte? ¿hemos visto
que en brazos de la indolencia
halle alivio el infortunio?

Henr. Tus persuasiones me alientan,
querida esposa.

Carl. Ademas
que en tí brilla la inocencia,
y en donde brilla, el temor
es una vana quimera.

Henr. Dices bien; ya estoy resuelto
á hacer al Rey manifiesta
mi triste suerte por medio
de un memorial; y que atienda
mi solicitud no dudo
su esclarecida clemencia:
antes que venga la aurora
quiero formarle.

Carl. Pues ea,
empieza en nombre de Dios.

Henr. Él ilumine mi idea.

Se sienta á escribir donde estaba Carlota, y esta sigue haciendo labor.

Carl. Aun Cristina está durmiendo:
yo me alegró de que tenga
este descanso: si el Rey
en atendernos se muestra
propicio, con quanto gusto
nuestra fortuna con ella
partiremos

Henr. Esta luz::-

Carl. Se apagó::-

Henr. ¡Triste pobreza!

Carl. Hasta la luz la desgracia
á este infeliz le escasea.
Padre de desventurados,
en medio de estas tinieblas
haced que para nosotros
un dia claro amanezca,
sacadnos ya de este caos
de pesares y de penas.

Crist. ¿Quién grita? ¿pero qué es esto?

Carl. Aquí estamos, nada temas,

Crist. Señora::-

Carl. No te disculpes,
que con eso me avergüenzas.

Henr. Si no me engaño, la luz
que por el resquicio entra
de la ventana, del dia
la venida manifiesta.

Carl. Abre.

Crist. Con efecto *ya abre una ventana.*
alumbra prados y selvas,
y á porfia fieras y aves
sus nuevas luces celebran.

Henr. Cómo envidio la alegria
que unas y otras manifiestan:
dichosas aves, dichosas
fieras, que naturaleza

les

les brinda ahora con manjares
agradables con que puedan
alimentar á sus hijos
y estimadas compañeras.

Carl. Déxate de eso, y concluye
el memorial.

Henr. ¿Con que esperas
del Rey que me atenderá? *se sienta.*

Carl. Pintale tu suerte adversa
bien, y no receles.

Dentro Niño. ¿Madre?

Carl. Cristina, ve, que despiertan
mis hijos.

Crist. ¿Si piden pan?

Carl. El corazon me atraviesas
con tu pregunta. ¡Dios mio!...
Acállalos como puedas.

Crist. Buen Dios, sobre esta familia
extended vuestra clemencia.

Henr. Ya le he concluido, escucha,
que dice de esta manera.
Señor: Henrique Treslow, con el mayor respeto expone: que ha servido á V. M. en su Exército por espacio de veinte años, siguiéndole en las gloriosas campañas que le adquirieron el nombre del mayor General del mundo, y que ha recibido en ellas tres heridas; y hallándose en la situacion mas pobre y miserable, porque en fuerza de una calumnia fue privado del empleo de Teniente Coronel de vuestros Exércitos.=Suplica á V. M. se sirva por un efecto de su justicia reemplazarle en dicho empleo, ó socorrerle en su extrema necesidad: gracia &c.

Carl. No va mal; es suficiente:
Henrique, no te detengas
en presentarlo, que el Todo-
Poderoso tu inocencia
protegerá con el Rey
para que en todo te atienda.

Henr. ¡Quánto tu espíritu anima
mi timidez!

Saca Cristina á los Niños de la mano.

Crist. Vaya, vengan
á besar á padre y madre
la mano.

Henr. La Providencia
os bendiga.

Niño. ¿Me dan pan,
madre?

Carl. Así que padre vuelva
te se dará.

Niño. ¿Vendrá usted
pronto?

Henr. Sí, querida prenda.

Niño. Que no tarde usted, que tengo
hambre.

Carl. ¡La naturaleza
como enternecida escucha
esta voz de la inocencia!

Henr. Pronto volveré, hijos mios:
á Dios, Carlota.

Carl. Él Proteja
tu solicitud.

Crist. Sí hará,
que á nadie perecer dexa.

Henr. Hijos del alma, ya vuelvo
á socorrer vuestra pena.
los besa y abraza, y se va.

Niño. ¿Con que no tardará padre?

Carl. No, hijos, no, dulces prendas,
no tardará; y entretanto
con vuestras súplicas tiernas
pedid á Dios que del Rey
el corazon enternezca:
que se duela de tu padre:
que sus méritos atienda;
y conozca la impostura
que ha infamado su nobleza.
Buen Dios, pues la ley constante
con que todo lo gobiernas
nos muestra que estás cuidando
de las cosas mas pequeñas;
desde el mas inmundo insecto
hasta el sér de mas belleza,
cuida de estos tiernos hijos:
cuida de esta madre tierna;
y cuida de un triste padre
que entre desdichas se anega:
alzad las manos al Cielo
y pedidselo de veras:
Supremo Dios, los clamores
escucha de la inocencia. *vanse.*

Tienda del Rey: sale este con los rizos caidos, uniforme usado, corbatin negro, y se asienta á poner las botas.

Fed. Ya estoy vestido: ahora bien,
las botas ponerme es fuerza.
Aquí estan: ¡ó pesia á tal!
el trabajo que me questa;
mas no importa; así mantengo
mi cuerpo ágil, de manera
que conservo en su vigor
enteramente sus fuerzas
por si volver á campaña
se ofrece, que lo sintiera.
Ya despaché: ¿Ola? ola?
ninguno me oye; paciencia:
que el peynado que yo gasto
no es de modo que no pueda
peynarme tambien yo mismo:
y esto le importa á qualquiera
General, para estár pronto
en los lances que se ofrezcan.
Ya acabé del todo: en tanto
que con las noticias entra
de Postdam y de Berlin
Manfeld seguiré con fuerza
la Historia de Bramdembourg,
mi casa: aquellos que vean
que yo soy su Historiador
dudarán de su certeza;
pero es menester que noten
que quando escribo marerias
tales, mi pluma á los Reyes
y parientes los contempla
como á otros hombres comunes,
á los quales ni respetan
contemplacion ni temor,
y que lejos de la senda
de la adulacion, al paso
que pinto sus altas prendas
voy detestando los vicios
que mezclaron con aquellas;
porque en el Trono no debe
hallar el vicio indulgencia:
se pone á escribir.
«A Federico Guillelmo
»debe la Prusia las fuerzas
»de su Exército; el respeto
»y la gloria que en la guerra
»se ha adquirido, tambien
»se debe á su inteligencia
»militar; del mismo modo
»que advertimos en la selva
»nacer y crecer la encina
»de una bellota.... ¿Quién entra?
Mi consejero Manfeld
es: y bien, Manfeld, ¿qué nuevas
traes?

Sale Manfeld.

Manf. Señor, estas cartas... *se las da.*
Fed. Muy bien; así que las lea,
en el margen de cada una
anotaré la respuesta.
¿Qué mas tenemos?
Manf. Guillermo
Levitz presenta una queja
contra la Princesa de::-
Fed. Bien está: sea la que sea,
no es del caso: ¿sobre qué?
Manf. Sobre una exquisita tela
que hizo venir de Leon
de Francia; y viendo que adeuda
sumos derechos en la
Aduana por estrangera,
la detuvo; por lo qual
irrirada la Princesa
le envió á decir que al momento
que él le llevase la tela
los pagaría; y habiendo
ido, porque no perdiera
este interés el Erario,
apenas entró, su Alteza
le arrebató de la mano
la tela, y le hizo la ofensa
de darle una bofetada
y echarle del quarto.
Fed. Venga
el recurso: ¿qué tenemos
mas, Manfeld?
Manf. Esta sentencia
que envian los Directores
de impuestos; en que condenan
á pagar diez mil escudos
de multa á un Soldado: pena
que por haberle apresado
un contrabando la arregla

la

la ley, á fin de que vista
por V. M. tenga
cumplimiento.
Fed. Está muy bien:
yo pondré las providencias
oportunas; y esta tarde
para que hagas extenderlas
te las entregaré: luego
que Quintus venga á mi Tienda
quiero con él dar por el
acampamento una vuelta;
y despues, como otros dias,
daré á quien espere audiencia;
pero cuenta que se observe
el orden prescrito en ella,
sin perjudicar á nadie
en la antigüedad que tenga
para entrar.
Manf. Nunca cansada
está, Señor, mi obediencia
en vuestro servicio. *vase.*
Fed. A Dios.
No quiero que se prefiera
el rico al pobre, ni el pobre
al rico, sino que sean
todos iguales en puntos
de justicia: al Rey que observa
esta integridad debida
todo el Orbe le venera;
pues la justicia aun los malos
que la temen la celebran.
Pero aun no parece Quintus.
¡Quánto este hombre me impacienta!
¡Yo no sé cómo se aviene
mi viveza con su flema!
Tomo baston y sombrero
entretanto: ¡que no venga
todavia! ¡qué pesado!
Le diré si no se enmienda *irritado.*
que se vaya para siempre
y no vuelva á mi presencia.
Sale Quint. Señor, ¿vamos?
Fed. ¿Y bien, Quintus, *sosegado y*
está la mañana fresca? *risueño.*
Quint. Señor, demasiado.
Fed. Así
no nos causará molestia
el Sol: ¿qué noticias traes?
Quint. Que está la Tropa contenta
porque vuestra Magestad
viene á mandarla.
Fed. con ella
siempre la idea he llevado
de procurar que me tenga
mas cariño que temor.
Quint. Es como vuestra esa idea.
Fed. ¿Es esa adulacion, Quintus?
Quint. Jamás gasté esa moneda,
Señor. *alzando un poco la voz.*
Fed. ¿Te has picado?
Quint. Yo
no sé.
Fed. En eso manifiestas
que eres un hombre de bien.
Quint. Y claro.
Fed. Ya que te precias
de serlo:- ¿Fue con justicia
la invasion de la Silesia?
Quint. Vamos al acampamento,
que es tarde.
Fed. ¿Qué no contestas?::-
Quint. Señor, vuestros manifiestos
nos lo dicen.
Fed. Esa es buena::-
¿Y los demas?
Quint. Vámonos,
que semejantes materias
no son para mí.
Fed. ¿Por qué?
Quint. Por que yo no entiendo de ellas,
Señor. *impaciente.*
Fed. ¿Qué te has enfadado?
Quint. Si me apurais la paciencia.
Fed. Mas te la ha apurado el Conde
Loloos.
Quint. Señor, aprieta
vuestra Magestad de modo
que::-
Fed. Yo le diré que sea
mas indulgente con tus
obras, Quintus.
Quint. Si no dexa
vuestra Magestad la chanza
me obligará á que me pierda::-
Fed. ¿Matándome á mí?
Quint. Señor;

os quiere mucho y venera
Quintus.
Fed. Y yo á tí tambien.
Quint. Con Loloos.
Fed. Quintus, desprecia
sus críticas, contemplando
que si tu obra no tuviera
mérito, no despertara
la envidia; y aunque á las prensas
permito darlas, conozco
que sus Autores en ellas
mas que enmendar los defectos
su envidia cebar desean:
vamos al acampamento
á alegrar con mi presencia.
Quint. Sois Filósofo, y sois Rey
aun mismo tiempo.
Fed. Quisiera
serlo si no lo soy, Quintus. *grave.*
Quint. Severo estais::-
Fed. ¿Te dá pena?
Mas me dá á mí tu alabanza. (*vanse.*
Quint. ¡Quién no amará su modestia!

Selva con el acampamento, varias centinelas repartidas, y dos que figuran ser de la gran guardia: á un lado la Tienda de Manfeld, y junto á ella varios Pretendientes y una Actriz vestida de camino: en lo interior del foro habrá Soldados jugando; y otros con algunas Vivanderas cantarán al son de pífano y caxa el siguiente

Coro. Pues de Federico
el nombre grabado
le tiene el Soldado
en su corazon:
Cantemos, baylemos
del Rey en honor.
Quando en los combates
manda nuestra suerte,
á buscar la muerte
vamos con teson:
Cantemos, baylemos
del Rey en honor.
Sale Henr. Aquella, segun la gente
que en su imediacion espera,
es la Tienda de Manfeld:
¡Cómo alhaga la soberbia
del opulento el tributo
que dá al umbral de sus puertas
el que pretende! ¿Que yo haya,
para conseguir audiencia,
de venir á tomar antes
de mi enemigo la venia?
Es forzoso, porque así,
para evitar que haya en ella
confusiones, Federico
lo tiene ordenado: mientras
que sale como uno de
tantos esperar es fuerza,
confiando en que me protege
la Divina Providencia;
porque el que pretende y tiene
personas de aquesta esfera
por contrarias es preciso
que haya gran virtud en estas,
ó en aquel grande justicia
si logra que se le atienda;
pero ya sale Manfeld::-
deme el Cielo resistencia.
Salen de la Tienda Manfeld padre, y Manfeld hijo.
Manf. Ya la caterva importuna
de pretendientes me espera.
Cap. Qué quereis, padre, el que pide
siempre es fuerza que lo sea.
Pret. 1. Señor, yo ya há quatro dias
que vengo á tomar la venia
para hablar al Rey::-
Manf. Volved
mañana.
Pret. 2. Por una deuda
mi anciano padre hace un año
que está en la Carcel, y::-
Manf. Vuelva
otro dia.
Actriz. Señor, yo
soy una Actriz que á Inglaterra
paso; y habiendo debido
al Rey mi madre diversas
mercedes en Berlin antes,
quisiera hablarle en la audiencia
de esta mañana.
Manf. Id con Dios;
yo mismo os entraré en ella.

Pret. 2.

Pret. 2. ¡Esto sucede en el mundo!
Vanse estos y aquella.
Henr. Ojalá no sucediera. *ap.*
¿Me permitireis, Manfeld,
que hablar á mi Rey yo pueda?
Manf. ¿Quién sois vos, que no os conozco?
Henr. No es nuevo que á la pobreza,
aunque en ella hayan nacido,
la estrañen muchos al verla.
Manf. ¿Pero quién sois?
Henr. Soy Henrique
Treslow.
Cap. ¡Treslow!::- Su pobreza
siento, pues por mí mi padre
le ha conducido á tenerla.
Manf. ¿Pero qué es lo que quereis?
Henr. Que mi Rey de mí se duela.
Manf. No lo espereis, y es inutil
importunarle con quejas.
Henr. ¿Con que no quereis le hable?
Manf. Hoy no entrareis en la audien-
Henr. ¡Paciencia! (cia.
Manf. Yo no sé como
una pretension tan necia
teneis, sabiendo el enojo
que Federico os profesa.
Henr. No lo debeis estrañar
conociendo mi inocencia.
Manf. ¿Cómo inocencia? ¿Y las cartas
que se interceptaron vuestras
al contrario?
Henr. Vos sabeis
muy bien que fueron supuestas.
Manf. Como vos querais, Treslow;
pero hoy no es dable que pueda
el Rey oiros, porque otros
han tomado ya la venia
antes que vos para hablarle.
Henr. Teneis corazon de piedra,
Manfeld.
Manf. Id á desfogar
á otra parte vuestras quejas,
y no me importuneis.
Henr. Dios
de vuestra impiedad se duela.
Cap. Vedme despues, que yo haré
que hableis al Rey *ap. los dos.*
Henr. No quisiera
que despues de::-
Cap. No temais.
Henr. En volver nada se arriesga. *vase*
Manf. ¿Qué dices de Henrique?
Cap. Que
su suerte me da gran pena;
y siento que por mi causa
se encuentre como se encuentra.
Manf. Hijo, sin duda que á tí
te se ha olvidado la ofensa
que te hizo quando mandaba
aquella tropa ligera
que rindió á un Cuerpo Austriaco
junto á Gorlitz: ¿no te acuerdas
que expresó el nombre de todos
y calló el tuyo al dar cuenta
al Rey de la accion? Que el Rey
noticioso de que en ella
te hallaste, me dixo grave:
¿sabes si se halla en la guerra
tu hijo, ó en algun café
de Berlin? Esta severa
reprension despertó en mí
una venganza sangrienta
contra él; y desde aquel dia
no perdoné ardid, ni idea
para conseguir el logro
de dexarla satisfecha.
Cap. Lo que teneis por delito
vos, fue efecto de prudencia
en Henrique; ¿no calló
aquel temor y flaqueza
que mostré (propia de un joven.
que de la Corte á la guerra
pasa) quando los contrarios
cargaron con tanta fuerza
sobre nosotros?
Manf. En eso,
en eso estuvo la ofensa;
que un hijo de nuestro rango
quando en un choque se encuentra
de valor no necesita,
ni es menester que le tenga
para lograr buen informe
y merecer se le atienda:
y el General cortesano
que conservarse desea

de esta política, nunca
dexa de seguir la escuela.
Cap. Con todo, padre, ya basta
de presuncion violenta
contra Treslow; harto tiempo
ha arrastrado las cadenas
del oprobio: hartas desdichas
han probado su paciencia:
considerad su familia,
su deshonra, su miseria,
su dolor, y que sus males
á lo sumo del mal llegan:
yo sé que vos con el Rey
podeis hacer que le atienda,
y que á su Exército y gracia
como merece le vuelva:
no os priveis, no, de una gloria
que ha de hacer la vuestra eterna:
por vos mismo, por vuestro hijo,
y en fin por vuestra conciencia,
hacedlo: sí, padre mio;
el medio que no se sepa
la calumnia es atender
á Henrique en lo que desea:
él es honrado, virtuoso,
y al bien que se le dispensa
corresponderá loando
á su bienhechor: sus tiernas
prendas viendo la alegria
de su padre, darán muestras
de gratitud repitiendo
sus alabanzas. ¿Qué escena
tan agradable será
ver como á porfia eleva
sus votos por vos al Cielo
toda su familia entera,
mirándose redimida
del deshonor y pobreza?
Si mis súplicas no bastan
á ablandaros; si la tierna
pintura que de sus hijos
he hecho, vuestra dureza
no conmueve: si la gloria
á que os convida tan bella
accion no os aplaca; hacedlo
por estas lágrimas tiernas
que en favor de esta familia
á vuestros pies mi flaqueza
derrama, porque no es justo
que padezca la inocencia
mas por mí, ni que oprimida
por vuestra causa se vea.
Manf. Semejante pretension
de este modo se desprecia.
Le vuelve la espalda y se va.
Cap. Este genio de mi padre
y la injusticia violenta
contra Henrique han de ser causa
de consequëncias funestas;
pero yo he de procurar
en todo aquello que pueda
evitarlas. Pero él viene:
Sale Henrique.
Henrique seguidme.
Henr. Penas! ::-
¿dónde me llevais?
Cap. A donde
conozcais que la nobleza
de un hijo, la sinrazon
de un padre borrar desea. *vase.*
Marcha á lo lexos de instrumentos militares, que despues se acerca, y salen en pelotones de las tiendas varios Soldados: la guardia se forma, las centinelas se quadran, y todos presentan el arma al salir el Rey.
Ofic. Que viene el Rey: á formarse.
Todos. Salgamos á verle.
Uno. Y nuestra
lealtad diga á voces:
Todos. Viva Federico.
Salen por el foro el Rey, Saldern, Mollendorf y Quintus á caballo con sus volantes correspondientes.
Fed. Ya que queda
reconocido por mí
el acampamento, y llega
de la audiencia la hora,
apearnos será fuerza,
amigos, y dirigirnos
á lo interior de mi tienda.
Sald. ¿Estais, Señor, satisfecho
del estado en que se encuentra
vuestra Tropa?
Moll. Sin jactancia,
Vuestra Magestad conserva

un Exército que envidian
de Europa muchas Potencias.
Sald. Hay quien en tiempo de paz
dice que es cosa superflua.
Fed. No tal: y yo llevo siempre
una máxîma, que es esta:
un Exército lucido
y un Erario con inmensas
riquezas son dos espadas
desnudas, que hacen que tengan
otros Reyes envaynadas
las suyas.
Quint. Y Quintus piensa
como el Rey.
Sald. ¿De vuestra tropa
quál os dá mas complacencia?
Fed. Los Dragones de Bareith:
al mirarlos me recuerdan
la batalla de Hohenfriedberg
que gané: no bastan lenguas
á celebrar el valor
que este Cuerpo mostró en ella,
contra veinte batallones
combatió con tanta fuerza
que dexaron en sus manos
sesenta y siete banderas.
Moll. A vista vuestra, Señor,
el mas cobarde se alienta.
Fed. Vamos á mi tienda....Pero
¿no eres, dime Centinela,
aquel desertor que junto
á Rosbach á mi presencia
fuiste conducido á tiempo
que iba rechazando nuestra
vanguardia un cuerpo enemigo?
Gran. El mismo soy.
Fed. ¿Y te acuerdas
de lo que tú me dixiste
al reprender tu baxeza?
Gran. Sí Señor, que deserté
porque vuestra fortuna era
deplorable.
Fed. Y yo te dixe,
peleemos lo que nos resta
del dia, y si soy vencido,
tomaremos providencia
mañana de desertar
juntos.
Gran. Esa gran respuesta
vuestra, y la piedad de enviarme
libremente á mis banderas,
excitó en mi corazon
una gratitud tan ciega,
que deseaba en los combates
la muerte, y veces diversas
la busqué para pagaros
con la vida aquella deuda.
Fed ¿Quánto há que sirves?
Gran. Treinta años.
Fed. Pues yo te doy tu licencia
con una pension, á fin
de que á tu casa te vuelvas.
Gran. Señor, ¿tanto os desagradan
mis servicios que esa pena
me dais?
Fed. ¿Cómo pena?
Gran. Sí:
pena es, y la mas cruenta
que podiais darme, pues
vais á quitarme que muera
en vuestro servicio, que es
la mas grande recompensa
que esperaba de vos.
Fed. Bien,
yo te doy una bandera.
Gran. Señor::-
Fed. A Dios: vámonos
Gran. Él premie vuestra grandeza.
Sale un Soldado con un saco de pan.
Fed. ¿Digo? ¿qué traes tú aquí?
Sold. El pan de mi rancho.
Fed. Venga
uno que me ha despertado *toma uno.*
el fresco algo de apetencia.
Sald. y Moll. Señor, ved::-
Fed. Direis que es malo:
¿tengo otra naturaleza *come de él.*
yo que el Soldado? en verdad
que está mejor para bestias
que para hombres: desde hoy
si raro no pareciera,
habia de mandar que
mis Generales comieran
del pan que come el Soldado,
y con esta providencia
procuraran que la tropa

co-

como mando le comiera.
Vamonos. *vase.*
Sald. ¡Fuego de Dios!
no está mala la ocurrencia. *vase.*
Sold. ¿Qué Soldado no dará
la vida sin resistencia
por Federico al mirar
cómo por él se interesa?
Otro. Camaradas, en su honor
diga la gratitud nuestra:
Coro. Pues de Federico
el nombre grabado &c.

Pieza magnífica de la tienda de la Audiencia: salen el Rey, Mollendorf, Saldern, Manfeld, Quintus, y Guardias: el Rey se sienta, y los demas ocupan sus lados.

Fed. Manfeld haz que entren aquellos
á quienes hoy doy audiencia.
Manf. Está bien. *vase.*
Fed. Dichoso el Rey
que en hacer justicia acierta,
y ve la verdad desnuda,
porque la busca y desea.
Sale Manf. Entrad todos, uno á uno.
Sale Pos. Tres mañanas van con esta; *ap.*
pero al fin entré. *se arrodilla.*
Fed. ¿Qué pides?
Posad. Señor, que vuestra clemencia
me haga justicia.
Fed. Dí, pues.
Posad. Despues de las once y media
de la noche, un pasagero
que en mi posada de deuda
hizo ocho escudos, queria,
sin pagarlos, irse de ella;
avisé de ello al Baylío,
y me respondió que ya era
tarde, y que al dia siguiente
me haria justicia. En fuerza
de esta respuesta volví
á mi posada: con tiernas
súplicas expuse al huesped
su sinrazon manifiesta;
y llenándome de oprobios,
sin pagarme, dió las riendas
al caballo, y el camino
tomó de Postdam apriesa:
con que, Señor, al Baylío
amonestad que me atienda
otra vez, porque no es justo
que yo lo que es mio pierda.
Fed. ¿Es verdad eso?
Posad. Si miento,
aquí teneis mi cabeza.
Fed. Manfeld.
Manf. ¿Señor?
Fed. Al Baylío
harás que pague la deuda
del huesped al Posadero,
y el Baylío que se entienda
para el cobro con el huesped
despues: en la inteligencia
de que si otra vez se escusa
á hacer justicia, aunque sea
á qualquier hora, aseguro
que la haré con él severa.
Posad. Dios, para bien de la Prusia,
haga vuestra vida eterna. *vase.*
Manf Madama, entrad.
Sale la Actr. Señor, yo
soy una Actriz que á Inglaterra
camino; y habiendo sido
el viage largo, las letras
y el dinero que llevaba
consumí: viéndome expuesta
á no poder proseguir
el viage, recurro á vuestra
Magestad, á fin de que
su Real munificencia
me socorra con aquello
que mas de su agrado sea.
Fed. Dale un Federico de oro,
Manfeld: ¿qué no estás contenta?
Actr. Sí Señor, que la fortuna
pende de la suerte, y esta
con vos, Señor, para mí
ha sido del todo adversa:
siendo Príncipe Real,
en Berlin, vuestra grandeza
de magníficos presentes
llenaba á Actrices diversas;
¿y ahora que se halla en el trono,
circundado de riquezas,
y con poder absoluto,

me manda dar tan pequeña
suma?
Fed. Sí; que yo gastaba
antes que al trono subiera
como solo ciudadano,
no como Rey: cuyas rentas
para bien comun del Reyno
las recibe, y las reserva.
Actr. Confieso que mi osadía
avergonzada me dexa. *vase.*
Manf. Llegad. *sale un Ingeniero Frances.*
Fed. ¿Es el Ingeniero
Frances, que con ansia anhela
entrar á servirme?
Manf. Sí señor.
Fed. Desde hoy mismo quedas
admitido con el grado
que allá tenias.
Ing. En muestras
de lo mucho que he estimado
el honor que me dispensa
vuestra Magestad ofrezco
estos planes á sus regias
plantas de las principales
Plazas que hay en las fronteras
de Francia.
Fed. Aprecio el regalò
que me haces: en mis vanderas
vuelvo á decir que te admito;
pero baxo la protesta
de que no puedas entrar
dentro de mis fortalezas,
para ahorrarte la fatiga
de levantar planes de ellas.
Ing. Confusa, y agredecida,
gran Señor, mi humildad queda. *vase.*
Salen Henrique y Capitan al bastidor.
Cap. Entrad, y advertid, Henrique,
de qué modo mi honor piensa. *vase.*
Henr. Señor, Henrique Treslow::-
Entra y se arodilla.
Manf. ¿Quién le habrá entrado en la audiencia?
Henr. Aquel desdichado en quien
descargó vuestra entereza
su rigor, á impulsos fieros
de una venganza sangrienta,
viene lleno de rubor
á implorar vuestra clemencia.
Fed. ¿Qué pides?
Henr. Este papel
os lo dirá, Señor.
Fed. Venga. *toma el memorial.*
Manf. Yo soy perdido si el Rey *ap.*
mi calumnia á saber llega.
Quint. Pobre Treslow, me lastima *ap.*
verlo de aquesta manera.
Fed. En mi exército no vuelvo *rasga el memorial.*
á admitir traydores: cesa
de importunarme si quieres
en los hombros la cabeza.
Vase con los Generales.
Henr. No soy traydor, no lo soy:
y mi honor ... con la violencia
del pesar toda la sangre
en el corazon se yela.
¡Ay Dios! ¿qué es esto? ¡yo muero!
Va á caer, y Quintus le detiene.
Quint. ¿Qué teneis?
Henr. No sé.
Quint. Con esta
señal de afirmarme acabo
que Henrique libre se encuentra
de lo que se le ha imputado.
Manf. Yo pienso de otra manera.
Henr. ¿Es Manfeld el que habla?
Manf. Sí.
Henr. Sois un vil.
Manf. Si no estuvieras
fuera de tí, moderara
tu desenfrenada lengua.
Henr. Cuerdo estoy; pero el honor
me arrebató á esta flaqueza.
Manf. ¿Honor tú?
Henr. Honor yo: sí.
Manf. Compadezco tu demencia. *vase.*
Henr. Dexadme, Quintus, dexadme
que de ese vil mi inocencia
se vengue.
Quint. Henrique templaos.
Henr. El Rey me ha muerto.
Quint. La pena
moderad.
Henr. Y en esta parte
conmigo injusto se muestra.
Quint. Mirad como hablais del Rey,
qué estoy delante.
Henr.

Henr. Debiera
mirar::-
Quint. Preciso es dexaros,
aunque la piedad lo sienta. *vase.*
Henr. A una desesperacion
siento que el honor me lleva. *vase.*
La mutacion primera alumbrada: salen Carlota y los Niños: estos llorando.
Carl. No os desconsoleis, hijos,
no aumenteis con el llanto mas mis
que pronto vendrá padre, (penas,
y el sustento traerá: tened paciencia.
Decidme poderosos,
que prodigais al mundo las riquezas,
y entre el fausto y orgullo
vivís embrutecidos como fieras:
¿de qué os sirven los trages,
las carrozas doradas, las libreas,
los banquetes, los bayles,
y el cúmulo de ociosos que os rodean?
De hacer gemir al bruto:
de enagenar vuestra alma de las nues-
de acortaros los dias, (tras:
cobrar orgullo, y adquirir soberbia:
Siendo de vuestro fausto
este tropel de males conseqüencia:
¿cómo para evitarlos (idea?
no alhagais de otro modo vuestra
¿Qué cosa entre los hombres
dar os podia mas magnificencia,
como ver que adoraban, (prendas?
en vez de luxo vuestro, vuestras
¿Qué importará que alaben
la soberbia carroza que os eleva,
si despues de alabarla
el menestral que la hizo os vitupera?
¿Qué importará que el bayle
y banquete aplaudidos ser merezcan,
si despues todos culpan
la gula de uno, de otro la torpeza.
La verdadera dicha,
la que al grande á mas grande á ser
es aquella que adquiere (eleva,
por medio del bien que hace á la po-
Pues si vuestro capricho (breza.
por vicio gasta, y da por excelencia,
por virtud gaste un dia (sa.
con quien le puede dar memoria eter-
Socorra al desdichado,
cuide del triste, al infeliz proteja,
y por su especie haga
lo que por vanidad hacer quisiera.
¡O cómo si pensaran
del modo que mi pecho aquí desea,
y á los necesitados
en secreto sus rentas repartieran,
tantas familias nobles
que sufren el rigor de la miseria
mucho mas que sus trenes
harian que brillara su grandeza!
Pero mi esposo viene:
no sé el alma al mirarlo qué recela:
Sale Henrique, y se sienta con el mayor abatimiento, y Cristina le habrá seguido.
¿qué traes, Treslów mio?
podemos prometernos buenas nuevas?
¿No respondes? ¿no me hablas?
¿me miras, y la vista al Cielo elevas?
¿qué es esto?
Niño. Padre, padre,
¿nos traeis pan?
Henr. ¡Dios mio! ¡qué saeta
esta para mi pecho! (aqueja?
Carl. ¿No sabremos, Henrique, qué te
¿Suspiras? ¿gimes? ¿lloras?
¿acaricias tus hijos, y los besas?
Henr. Desventurados hijos,
no puedo consolar la afliccion vues-
aquí teneis mi sangre, (tra:
alimentaos si quereis los dos con ella:
desangradme, hijos mios,
coged el alimento de mis venas,
pues á este triste padre
ningun otro recurso ya le queda.
Crist. No os afligais, Henrique,
que Dios nunca abandona la inocen-
Carl. ¿Pero el Rey qué te dixo? (cia.
¿se negó á socorrer nuestra miseria?
¿te ultrajó, ó ha mandado (tengas
castigarte? habla, Henrique, no me
mas confusa.
Henr. Esto es hecho: *se levanta.*
de Manfeld y del Rey vengarme es
Carl. ¿Qué profieres, Henrique? (fuerza.
modera tu furor, tu ira refrena.

Henr. De un agravio tan fiero
ha de quedar mi saña satisfecha.
Carl. Que te pierdes, Henrique,
y que nos pierdes.
Henr. Nada me detenga.
Carl. Mira que tienes hijos,
y que sus tiernas vidas te interesan.
Henr. ¡Oh, rémoras de un padre!
vuestro impulso detiene mi violencia:
¿pero qué es lo que digo? (sas?
¿mi honor puede olvidar tantas ofen-
no, ha de ser; no hay remedio.
Carl. ¿Es posible que tan poco te deban
tu muger y tus hijos, (sas?
que de este modo abandonarlos pien-
Henr. Ya estoy desesperado,
y es inutil pensar que me detenga.
Carl. ¿Y tu vida?
Henr. Sin honra
me molesta.
Carl. ¿Y la mia?
Henr. A Dios te queda.
Carl. ¿Y la de tus dos hijos?
Henr. En vano es pretender que yo
me venza. *vase.*
Carl. Cuida de estos cuitados
mientras á embarazar voy sus ideas.
Dios mio, pues los males
cada dia en nosotros se acrecientan,
ó aplacadlos del todo,
ó para resistirlos dadnos fuerzas.

ACTO SEGUNDO.

Aparece Manfeld en su tienda escribiendo, y sale Henrique con recato.

Henr. UNA vez que patrocina
la fortuna mis deseos,
(pues sin ser de nadie visto
puede fixar el libelo
contra el Rey, y penetrar
de esta tienda hasta lo interno)
á mi furiosa venganza
voy á dar el complemento:
muera Manfeld::- allí se halla,
saca un puñal.
si no me engaño escribiendo.
¿Si está solo?....solo está::-
ni aquí ni allí á nadie veo::-
la ocasion es oportuna
para asegurar el hecho. *anda ácia él.*
Sale el Cap. A la tienda de mi padre
solícito otra vez vuelvo,
á fin...¡qué he mirado! ¿Henrique
contra su vida un acero
no dirige? sí.
Henr. Impostor, muere.
Cap. Detente.
Le detiene el brazo, le vuelve de espaldas á su padre, y le encubre con su cuerpo hasta que lo echa.
Manf. ¿Qué es ésto?
Cap. Huye, pues te oculto el rostro,
si escapar quieres del riesgo. *vase*
Manf. ¿Qué haces? *Henrique.*
Cap. Salvar vuestra vida,
y encubrir quien es el reo.
Manf. Yo lo tengo de saber.
queriéndole seguir.
Cap. Será en vano vuestro esfuerzo;
porque yo lo he de estorbar
sin perderos el respeto.
Manf. ¿Luego tú una iniquidad
proteges con este medio?
Cap. ¿No os he salvado la vida?
Manf. Pero me dexas expuesto
á que la pierda mañana
á manos de ese perverso.
Cap. No lo creais; mi perdon
le hará detestar su exceso.
Manf. El perdon al obstinado
le dá mas atrevimiento,
y así dime quien es.
Cap. Padre,
pues estais libre del riesgo,
no os importa el conocerle.
Manf. Has de decirlo, ó el despecho::-
Cap. Perdonad, os debo el ser,
el honor, y quanto tengo;
pero quereis una cosa,
que aun quando tuviera medios
de saberla, me parece
la ocultaria mi pecho.
Manf. ¿Quién á callarla te obliga?
Cap. La humanidad que profeso.

Manf. ¿Y sabes que es criminal
en unos casos como estos?
Cap. Segun y como: el presente
disculpa mi atrevimiento.
En fin, padre, si lo hizo
se vió en términos de hacerlo;
y calladlo, que os importa
quede el sugeto encubierto. *vase.*
Manf. ¿Importarme?...¿por qué causa?
Esto, sin duda, es efecto
de su humanidad, que tanto
en este caso repruebo:
y á no ser que están gritando
en su favor los afectos
paternales, y que en él
se funda en lo venidero
mi nombre, castigaria
severamente su exceso.
¿Quién puede ser este hombre
que contra mí el vil acero
dirigia? ¿Quién habia
de ser sino uno de aquellos
que están en la Corte á ver
como verter su veneno
pueden contra aquel que logra
con el Rey mas valimiento?
El que se halla en este estado,
aunque proceda con tiento,
nunca puede libertarse
de enemigos encubiertos,
que suelen ser muchas veces
los que le dan mas incienso.
Para dar con mi enemigo
será bien disimulemos,
acechando con cautela
semblantes, pasos, y aun gestos,
hasta ver quien mi ruina
solicita; pues contemplo
que quien me quiera matar
dará indicios de su intento.
Pero el Rey no tardará
ya en comer, y pues me ha hecho
el honor de convidarme,
voy á su tienda corriendo,
para que de torcedor
á la envidia sirva el verlo. *vase.*

Bosque con vista á lo lejos del acampamento.

Sale Carlota afanada.

Carl. ¡Ay de mí! por ningun lado
con Henrique encontrar puedo:
corro el bosque, corro el monte,
penetro el acampamento,
y todo es inutil. Quise
seguir sus pasos, y al verlo,
para huir de mí, parece
que pedia auxilio al viento:
pero del cansancio ¡ay triste!
desfallecida me encuentro::-
quiero apoyarme en este arbol
mientras cobro algun aliento.
¡Buen Dios! ¿dónde estará Henrique?
¿si á estas horas le habrán muerto?
¿qué habrá hecho? ¿qué atentado
habrá cometido? ¡Cielos!
el fruto de una calumnia
¡qué recursos tan funestos
ha engendrado! ¡qué desgracias
ha producido! no creo
que se puedan conciliar
tanto tropel de tormentos
como los que me combaten.
¡Infeliz madre! ¡hijos tiernos!
dexadme alentar un poco,
que ya voy á socorreros:
¿qué es lo que digo? ¿alentar
estando vuestros lamentos
dándome voces que vaya
á llevaros el sustento?
No puede ser, ya me animo,
y corro á daros consuelo.
¿Pero debo abandonar
á Henrique arrojado y ciego?
¿debo dexar de buscarle
para precaver su riesgo?
no debo de ningun modo;
que en este caso es primero
que mis hijos::- ¿Qué mis hijos?
¿cómo pronunciarlo puedo?
¡ó triste lucha! ¡ó combate
de tan opuestos afectos!
Dios mio que estais mirando
la batalla que en mi pecho
se ha encendido, en dos mitades
divididme, porque á un tiempo
pueda libertar á Henrique,

y á mis hijos dar consuelo;
ó de madre y de consorte
borradme los sentimientos.
¡Pero ay triste! ¿no es Henrique
el que con tanto recelo
atraviesa el bosque? él es.

Atraviesa Henrique el bosque, y Carlota le detiene á pesar de su resistencia.

¿Henrique, esposo, mi dueño,
adónde vas? ¿de quién huyes
demudado, y sin aliento?
No te has de ir: es inutil
que emplees todo tu esfuerzo
en soltarte.

Henr. ¿Qué me quieres?

Carl. Saber si de tus proyectos
desististe: si acordaste
con la razon tus deseos.

Henr. ¿Yo desistir? no, Carlota,
ya del Rey vengado quedo.

Carl. ¡Ay Dios!

Henr. Toma ese puñal. *se le da.*

Carl. Qué terror concibo al verlo,
y qué pavor al tomarlo:
toda me estremezco y tiemblo
al ver que tengo en mi mano
de tu ruina el instrumento.
¿qué has hecho? ¿qué has hecho Hen-
(rique?

Henr. Guárdale, y calla.

Carl. ¡Qué veo!
huye, Henrique, que hácia aquí
viene un Oficial corriendo.

Henr. ¿Qué dices?

Carl. Ocúltate. *va á irse Henrique.*

Sale el Cap. Henrique Treslow teneos.

Carl. Dios mio, ya está perdido.

Henr. ¿Qué quereis?

Cap. Quiero en secreto
hablaros.

Henr. Vete, Carlota,
á un lado.

Carl. ¿Qué yo no puedo?::-

Cap. Perdonad.

Carl. ¡Qué vendrá á ser,
sumo Dios, este misterio!

Se aparta fixa su atencion; manifiesta duda y recelo.

Henr. Ya ninguno puede oirnos:
¿á qué venís?

Cap. Solo vengo,
Henrique amigo, á deciros
que abandoneis vuestro intento,
que olvideis fieros rigores
y atroces resentimientos:
que hay en vos para quejaros
motivos yo os lo confieso;
que padeceis inocente,
tampoco negaros puedo;
pero, Henrique, la prudencia
consigue mas que el exceso:
sufrid un poco, esperad,
que la paciencia y el tiempo
vencerán los imposibles
que impiden vuestro remedio.
El Rey es justo; mi padre
se aplacará con mis ruegos:
con que, Henrique, moderad
vuestro furor y ardimiento;
y considerad que si hubo
un hijo tan caballero
que quando á su padre fuisteis
á dar la muerte sangriento
supo impediros el golpe
y libertaros del riesgo;
este hijo mismo, si acaso
volviese otra vez á veros
atentar contra la vida
de su padre, con su acero
os sabrá quitar la vuestra:
esto preveniros quiero
como amigo, y como noble;
en el seguro supuesto
de que si vos despreciais
este prudente consejo,
no bastará á detener
mi furor ningun respeto;
y en tanto vivid seguro
de que vuestro enorme exceso
ni aun yo lo sabré; mirad
si quedará en el silencio. *vase.*

Henr. Esperad, y no penseis::-

Carl. Henrique, esposo, ¿qué es esto?
descúbreme esos arcanos.

Henr. Ya los sabrás con el tiempo.

Carl. ¿Pero qué has hecho? ¿qué ha habi-
no me tengas padeciendo: (do?

¿cómo del Rey te has vengado?
¿cómo llevaste este acero?
¿has muerto al Rey?
Henr. No, Carlota.
Carl. Corazon mio alentemos:
¿pues de qué modo?
Henr. En mi casa
ya lo sabrás por extenso.
Carl. ¿Pero, Henrique, que pretendas
así perderte y perdernos?
Henr. Un hombre desesperado
olvida todo respeto.
Carl. ¡Ay cómo preveo, Henrique,
que tu arrebatado genio
á cubrirnos va de oprobio,
de amargura y sentimiento!
¿En qué te puedes vengar
de un Rey, dí? si es con dicterios,
como son agravios propios
los vengan con el desprecio:
si en tildar sus providencias,
como les ayuda el Cielo,
y reynan por Dios, no temen
de la crítica el veneno:
si en atentar á su vida,
como Dios vela sobre ellos,
y Dios en sí se reserva
el juzgar de sus defectos,
no dexa que á sus personas
se atreva ningun perverso,
antes manda que los miren
con un profundo respeto.
¿Pues, Henrique, cómo, dime,
del Rey te has vengado? ¡Cielos!
¿No contemplas que los Reyes
son soles del Universo,
y que el vapor del vasallo
que se atreve á sus reflexos,
en vez de eclipsarlos, logra
solo deshacerse entre ellos?
Henr. No soy tan necio que ignore
los sagrados miramientos
que á un Rey se deben: conozco
el respeto que hácia ellos
un súbdito mostrar debe;
pero quando me contemplo
abatido, deshonrado,
y de mil miserias lleno,
siendo inocente, en venganza
y furor se enciende el pecho.
Carl. Pero es menester sufrir.
Henr. Ya me falta el sufrimiento.
Carl. La paciencia ¿qué no alcanza?
Henr. Se consume con el tiempo.
Carl. Apela al ruego y al llanto.
Henr. No bastan llantos ni ruegos.
Carl. Bastará Dios.
Henr. Solo Dios
puede darme algun consuelo.
Carl. Pues tú le tendrás, esposo,
como por Dios toleremos. *vanse.*

Parte del acampamento: entrada de la tienda del Rey en medio: á los lados Guardias: árboles delante de ella, y por toda la escena; salen el Rey, los Generales, Manfeld y Quintus.

Fed. A la sombra de los robles,
que hacen frondoso y ameno
este sitio, determino
comer, por lograr á un tiempo
de la hermosura del campo
y del alivio del fresco.
Moll. Y durante la comida,
si dais, Señor, vuestro asenso,
con su música obsequiaros
pretenden los regimientos.
Fed. Toquen, pues, enhorabuena
los marciales instrumentos.
Quintus, la mesa.
Quint. Está bien. *hace sacar las mesas.*
Fed. Del campo un rato gocemos,
que está mejor adornado
que el gabinete mas bello:
vámonos sentando: Quintus,
¿qué aguardas?
Quint. A que primero
se sienten mis Generales.
Fed. ¡Subordinado! si: bueno.
Quint. Soy militar, y es preciso.
Manfeld quiere trocar los ramos de un arbol con el baston.
Fed. ¿Qué haces, Manfeld?
Manf. Ver si puedo

 evi-

evitar que el Sol os dé
en el rostro.
Fed. muy mal hecho:
y eso es quererme enseñar
delicadezas: comiendo
Hace platos, y toca la música piano y lejos.
vamos, puesto que ya es hora
de que á este relox del cuerpo
le demos la cuerda justa
del necesario sustento:
en mis costumbres y mesa
claramente manifiesto
que la vida de un cartujo
militar estoy haciendo,
pues en aquellas y en esta
discurro que no me excedo;
y así tan solo ocho platos
se me sirven, y con ellos
comen bien mis convidados,
y todos salimos buenos:
porque la mucha abundancia
en la comida comprendo
que es un vicio sazonado
que desazona los cuerpos.
Sald. Vuestra Magestad en todo
tiene método y acierto.
Fed. ¿No comes, Quintus?
Quint. Tal qual.
Fed. Tan solo eres vivo en eso.
Quint. Eso es tratarme, Señor,
de comedor.
Fed. El refuerzo
que en las fortificaciones
de Glatz mandé hacer de nuevo,
¿qué te parece, Saldern?
Sald. Que está su Plaza á cubierto
en caso de sitio, y que ahora
no la entrarian tan presto
los Austriacos.
Fed. Mollenderf,
¿y tú apruebas el proyecto
de la construccion de la
de Silberberg?
Moll. Considero
que la Silesia dexais
defendida por tal medio.

Fed. Quintus, si tenemos guerra
de Glatz te ofrezco el gobierno.
Quint. ¿He de hablaros claro?
Fed. Sí,
que eso es lo que yo deseo.
Quint. Como vuestra Magestad
formase en dármele empeño,
me desertara.
Fed. ¿Por qué?
Quint. Porque á Spandau, Señor, temo.
Fed. Brindemos.
Todos. A la salud
de mi Rey.
Fed. Al pensamiento
me vino el valor que tuvo
en la última guerra el cuerpo
de tropas ligeras que
Quintus comandaba; pero
mucha parte de la gloria
le quitó el Coronel, siendo
ladron con exceso. *con donayre burlesco.*
Quint. Que
robaron, Señor, no niego;
pero fue por orden vuestra,
y la mayor parte de ello
tocándoos á vos.
Fed. En Praga
te acuerdas, Saldern::- ¿qué es esto?
Sale el Cap. Señor la mayor maldad,
el mayor atrevimiento
que inventar pudo el arrojo
del mas malévolo pecho:
en un lienzo de la tienda
vuestra han puesto este libelo
contra vos.
Fed. ¿Y qué?... te admiras *con flema.*
de poco: por justo y recto
que sea un Rey, nunca falta
quien le impute mil defectos:
rásgale.
Cap. Señor, mirad
que contiene el mas blasfemo
borron contra vos.
Fed. A verle,
con la misma indiferencia le toma.
y así de dudas saldremos.
»Es, ademas de raro,
»Fe-

»Federico II un Rey avaro:
»él se precia de justo,
»pero muchos le han visto ser injusto."
Moll. Confuso el Rey ha quedado
despues de leer el libelo.
Sald. Quien para tal atentado
tener pudo atrevimiento.
Manf. De confirmar ahora acabo
que hay traidores encubiertos.
Fed. ¿Federico avaro? ¿injusto
Con severidad que por grados pasa á ira.
Federico? no comprendo
con qué razon ó motivo
me dan títulos tan feos.
¿Qué avaricia? ¿qué injusticia
en mí han notado mis Pueblos?
¿Quándo usurpador he sido?
¿Quándo me han visto avariento?
Al mirarme de esta suerte
ofendido, un volcán siento
tan voraz dentro de mí,
que me abraso con su fuego.
¿Qué dragon ha vomitado
un veneno tan horrendo?
todo soy furor; de modo
que en ira se abrasa el pecho,
y no han de bastar castigos
para apagar tanto incendio.
Al punto, Manfeld, marchad,
y haced publicar un premio
de cinqüenta Federicos
de oro al que descubra el reo.
Vase Manfeld.
Aunque he sido murmurado
otras veces, y el desprecio
ha castigado el delito,
esta vez los nombres feos
de injusto y avaro irritan
de tal manera mi pecho,
que ni aun sufrir un instante
sin castigarlos no puedo;
y temo que aquesta infamia,
como no parezca el reo,
acabe con esta vida
que ya sin fama aborrezco.
Sald. Señor, mirad::-
Quint. Advertid
que vuestra vida es del Reyno
mas que vuestra, y que privarnos
de ella es del bien desposeernos:
no porque el Rey me ha ofendido *ap.*
mirar por el Rey no debo.
Fed. Ya me sosiego: no obstante
tan atroz atrevimiento;
pero quiero discurrir
con vosotros si, en el tiempo
que há que Reyno, mi conducta
dió lugar á estos libelos,
y me habeis de responder
sin lisonja.
Los 3. Así lo haremos.
Fed. Desde que de mi Padre (lo,
heredé el Reyno que fundó mi Abue-
¿qué he hecho que no quadre (lo?
á un Rey que acreditar quiere su ze-
¿no ha dado mi gobierno (eterno?
terror á Europa, á Prusia nombre
¿En qualidades bellas
al súbdito exceder no he procurado
para poder con ellas
castigar al vicioso y obstinado,
sin nota que culpase
lo que yo en mi persona autorizase?
¿El corazon del hombre
no procuré estudiar profundamente
para que no me asombre
el temerario, el vil, ni el delinqüente,
mirando que hombre todo
la materia adquirió del fragil lodo?
Luego que asegurado
en el trono me ví de mis mayores
de verter no han dexado
la sangre del vasallo mis ardores:
que en un Reyno la guerra
por mas que adquiera bien su bien destierra.
¿A exemplo de otros Reyes (cia,
un Código no ha escrito mi pruden-
viendo que muchas leyes
en el uso de la Jurisprudencia
retardan la justicia,
y tal vez dan lugar á la malicia?
¿Qué sentencia de muerte

sin justa aprobacion se ha executado?
¿en quál de ellas la suerte
del delinqüente yo no he minorado,
porque tengo prescrito
que la pena sea menos que el delito?
¿Procediendo clemente
la tortura falad no he desterrado,
para que al inocente
su rigor no forzara á hacer culpado,
quitando que en su suerte
se diese al fuerte vida, al debil muerte?
¿Durante mi reynado
en vasallos la Prusia no ha crecido?
¿con sabios no ha brillado?
¿en las artes tambien no ha florecido,
diciendo el orbe entero
que político soy si fuí guerrero?
Pues si de esta manera (do,
con mi Reyno y vasallos he cumpli-
y una conducta austera
mi persona en el trono ha dirigido,
y hallan en mi gobierno (tierno;
en vez de un Juez severo un padre
¿Cómo hay traidora mano
que de injusto y avaro me condene?
¿cómo hay quien inhumano
contra mi proceder se desenfrene,
queriendo escandaloso so?
mi nombre obscurecer y hacerle (odio-
Decidme, pues, amigos,
¿son ciertos ó aparentes estos hechos?
vosotros sois testigos (chos:
de que Prusia me debe estos prove-
decidlo ::- mas no quiero, (entero.
quando es testigo de ello el mundo
Y así aunque se resienta (pedada
la piedad que en mi pecho está hos-
he de dexar mi afrenta
con un justo escarmiento restaurada,
pues segun furia abrigo (go.
yo mismo he de temblar de mi casti-
No tengais, pues, sosiego
hasta hallar al autor del atentado
para apagar el fuego (drado;
que su enorme delito en mí ha engen-
de lo contrario temo (quemo.
consumirme en el fuego en que me

Sald. Es muy justo vuestro enojo,
y justo que el escarmiento
le vengue.
Quint. Y justo que todos
con el mas eficaz zelo
procuremos indagar
quien cometió tan vil hecho.
Moll. Vamos á buscarle.
Los. 2. Vamos.
Fed. No os detengais. ¿Qué tenemos,
sale Manfeld.
Manfeld, has averiguado
quién fue el autor del libelo?
Manf. No; pero el premio ofrecido
le sacará del silencio.
Fed. ¿Qué os deteneis? haced, pues,
por traerlo vivo ó muerto.
Los 3. Emplearemos en servicios,
Señor, todo nuestro esfuerzo. *vanse.*
Manf. De pérfidos y traidores,
Rey invicto, estamos llenos;
pues á mas de vuestro agravio
yo tambien estoy en riesgo
evidente de mi vida.
Fed. ¿Qué dices?::- Vamos adentro:
ira y ambicion de gloria,
dexad que busque el sosiego;
mas segun estoy airado
apenas lograrle puedo,
que aunque soy Rey, las pasiones
combaten tambien mi pecho. *vanse.*

Zaguan de casa de Henrique con un asiento: sale Carlota desfallecida; se sienta, y los hijos la rodean.

Carl. Hijos del alma: pedazos
de mis entrañas; no puedo
consolaros ::- Vuestra vida
ponedla á cargo del cielo ::-
Dios es justo, y protector
de inocentes ::- Su desvelo
cuida de todos ::- No creais
que dexe de protegeros ::-
Sí, hijos mios, vuestra madre
pronto dexará de serlo;
pero á mas de Dios os queda
vuestro padre. ¿Qué profiero?

¡Po-

¡Pobre padre! ¡pobre Henrique!
Si he de creer lo que temo,
en qué lago de desdichas
encenagado le dexo::-
Su ardor, ¡ay de mí! su ardor,
y el temerario libelo
es de temer que le arrastren
al suplicio mas horrendo::-
Mas mi aliento desfallece
por la falta de sustento,
y á un parasismo ó desmayo
se va rindiendo mi cuerpo::-
¡qué debilidad! ¡ay Dios!
¿dónde estoy? ¿dónde me encuentro?
¿qué ideas la fantasía
me representa? ¿qué objetos
tan horrorosos y tristes
me retrata? A Henrique veo
en un patíbulo infame
la vida perder::- ¡Oh Cielos!
la fantasía terrible
me aviva el perdido aliento.
¡Qué pintura tan horrenda
mis deliquios ver me han hecho!
¡Dios quiera que mis temores
salgan finalmente inciertos!
Pero, Cristina, ¿qué traes?
Sale Crist. Este pan que mis lamentos
saca un poco de pan negro.
han podido conseguir:
poco es; pero vuestro aliento
perdido con él se anime.
Niño. Madre, madre, le queremos.
Crist. ¿Antes no os busqué otro poco?
Niño. Aun estamos muy hambrientos.
Carl. Tomadlo.
Crist. No se lo deis:
mirad que vos sois primero
que ellos.
Carl. Cómo se descubre
que no conoce tu pecho
los afectos maternales:
comedlo, hijos, comedlo::-
¡Triste madre!
Niño. Si quereis
un poco, le partiremos.
Carl. No, hijos: ¡cómo se explica
la sangre! Pero ya vuelvo
otra vez á la flaqueza
de antes::- ¡Dios mio! yo muero...
quédase desmayada.
Crist. ¿Señora?::- Se desmayó
de debilidad: funesto
efecto de la pobreza,
por fabuloso tu extremo
se reputa; y ojalá
que no fuese verdadero,
y que el honor en algunos
no cause estos efectos;
pero para socorrerla
voy á ver si encuentro medio. *vase.*
Sale Henrique con un papel en la mano.
Henr. Un hombre á quien no conozco
al entrar me dió este pliego;
y al preguntarle de quién
era se escapó corriendo;
y esto me hace sospechar
que contiene algun misterio:
leyéndolo de la duda
logrará salir mi pecho.
»Quien se interesa por vos, *lee.*
»y no quiere vuestro riesgo,
»os avisa, que si acaso
»sois el autor de un libelo
»que se ha aparecido contra
»Federico, escapeis luego;
»pues tanto su Magestad
»ha sentido el torpe arresto,
»que cinqüenta Federicos
»de oro promete de premio
»al que descubra su autor:
»no teneis que perder tiempo,
»si lo sois, en escaparos,
»enterado que el sugeto
»que os da este aviso, si acaso
»lo sabe, será el primero
»que prenderos solicite
»en servicio de su dueño.«
De quién será este papel,
que ha confundido mi pecho:
del joven Manfeld sin duda;
pero ¡ay Dios! ¿qué es lo que veo?
¿Carlota? Carlota es muerta:
¡hay mas pesares á un tiempo!

Sale Cristina con un vaso.
¿qué tiene madre, Cristina?
¿qué es lo que acontece? ¿ha muerto
Carlota?
Crist. No.
Henr. ¿Pues qué ha sido?
Crist. Que la falta del sustento
al cabo la ha ocasionado
el desmayo que estais viendo.
Moja la punta del pañuelo en el vaso, y lo da á oler á Carlota.
Henr. ¡A qué extremo hemos llegado,
Dios mio! ¿Y mis hijos?
Crist. Ellos
son causa de su deliquio,
pues se quitó el alimento
que la traxe de la boca
para acallar sus lamentos.
Henr. Y yo ¿qué he hecho por Carlota?
por mis hijos, ¿qué es lo que he hecho?
nada: mas sino he hecho nada,
ya llegó de hacer el tiempo: *con resolucion.*
¿vuelve en sí?
Crist. Ya se recobra.
Va volviendo Carlota.
Henr. Gracias os doy, Dios inmenso.
¿Carlota? ¿Carlota?
Carl. ¿Henrique?
Henr. Presto te enviaré consuelo.
Carl. ¿Qué dices?
Henr. Que tú y tus hijos
en breve tendreis sustento.
Carl. ¿Cómo? ¿por quién? habla claro;
¿han sido oidos tus ruegos?
¿se ha aplacado el Rey?
Henr. Carlota,
tan solo decirte puedo
que hoy mismo ha de aliviar
vuestra miseria mi empeño. *vase.*
Carl. ¡Buen Dios! ¿si será verdad?
¿si esta dicha lograremos?
¿si tendré la complacencia
de ver mis hijos contentos?
¿Quién sabe? Dios es piadoso,
y en el lance mas estrecho
consuela á quien le dirige
sus votos con fin honesto.
Con la alegria parece
que voy recobrando aliento.
Si, Cristina, nuestro mal
á los últimos extremos
del mal llegó, y en llegando
á estos términos, el Cielo
se duele de los humanos,
y hace que al nublado fiero
de la desdicha en que se hallan
suceda el sol del contento.
¿Pero habiendo cometido
los dos delitos horrendos
del libelo contra el Rey
y el de Manfeld, qué remedio
puedo esperar? ¡ay Cristina!
¿si me engañará el deseo?
Crist. Señora, quando volví
noté que estaba leyendo
un papel, y puede ser
que contenga algo de bueno.
Carl. Eso es; de afirmarme acabo
en que nuestro bien es cierto,
y no es estraño que el Rey
haya su enojo depuesto,
pues superior al agravio
su piedad fue en todo tiempo:
para sorprenderme mas
no quiere, hasta su regreso,
comunicármelo; amiga,
ven, estréchate á mi pecho:
hijos? abrazadme, y dadme
de regocijo mil besos.
Este dia consagrarlo
debemos al Sér Supremo
en accion de gracias: hijos,
vuestros inocentes ecos
repitan las alabanzas
que las dos le tributemos:
ya decir puedo, Cristina,
que acabaron los tormentos,
que terminaron las ansias,
y las penas fenecieron:
¡qué placer á este placer
puede igualar! ¿Pero, Cielos,
y si me engañase? ¿y si
fuese un pensar alhagüeño
todo este? no puede ser,

porque si no fuese cierto,
¿cómo podia aliviarnos
Henrique? Es un argumento
que hace mucha fuerza, y que
disipa todo recelo.
Vamos, hijos: ven, Cristina;
y entretanto que tenemos
el gusto de ver á Henrique,
consagremos nuestro afecto
á Dios, y su santo nombre
llenos de ardor ensalcemos;
alabando sus bondades,
sus consuelos bendiciendo. *vanse.*

Tienda del Rey: sale este con Manfeld.

Fed. Déxalo, Manfeld, que luego
que á mí se presente tu hijo
dirá quien es el aleve
que quiso ser tu asesino.
Manf. Está obstinado en callarlo.
Fed. Contigo, mas no conmigo.
Manf. Yo no sé, Señor, por qué
he de tener enemigos.
Fed. ¿Y por qué los tengo yo?
mas tu hijo:-
Manf. Yo me retiro,
no sea que á mi presencia
tenga reparo en decirlo. *vase.*
Fed. Veremos si de este modo
se descubre algun indicio
del libelo: me han quemado

Sale el Capitan.

aquellos nombres indignos.
¿Me eres leal, Capitan
Manfeld?
Cap. Repetir evito
los motivos que teneis
para saberlo: vos mismo
á vos mismo os lo decid.
Fed. Sé lo bien que me has servido.
¿Quién es el agresor fiero
que á tu padre matar quiso?
Cap. ¡O, qué mal ha hecho mi padre
en quebrantar el sigilo
de este suceso! ¿qué haré?
si que es Henrique le digo,
y averigua el Rey la causa
que tuvo, pongo en peligro
el concepto de mi padre:
si lo callo, al Rey irrito,
y decaigo de su gracia:
¿qué he de hacer en tal conflicto?
¿qué he de hacer? padecer yo,
y salvar padre y amigo.
Fed. ¿Qué dudas? ¿quién es el reo?
Cap. Señor, juré no decirlo.
Fed. ¿Sabes quién yo soy?
Cap. Mi Rey.
Fed. ¿Y sabes que está en mi arbitrio
tu vida?
Cap. Si gustais que
haga de ella sacrificio
á vuestro gusto, aquí está.
Fed. ¿Con que el lance has impedido
del agresor, y en callarle
te obstinas?
Cap. Señor, repito
que lo juré.
Fed. Está muy bien:
y yo juro que el castillo
de Spandau tú y tu secreto
ocupareis ahora mismo.
Cap. Desde aquí al Gobernador
á presentarme camino. *vase.*
Fed. El joven tiene constancia
y resolucion: concibo
en él un corazon noble
que confronta con el mio;
pero el presente suceso
exîge exemplar castigo
para indagar el orígen
del pasquin; pero ¿qué miro?
Manfeld y los demas vienen.

Salen Manfeld, los dos Generales y Quintus.

¿Y bien, qué hay? ¿qué habeis sabido?
Sald. Nada, gran Señor.
Moll. Por mas
diligencias que emprendimos,
y haber encargado á muchos
que solícitos y activos
procuren averiguarlo,
en valde, Señor, ha sido.
Quint. Y yo, Señor, no he dexado
qué practicar en servicio

vues-

vuestro: he exâminado á todos
los Soldados que el recinto
de vuestra tienda ocupaban,
por si acaso en ella han visto
fixar á alguno el papel,
pero de nada ha servido.

Fed. Ya voy viendo que el libelo
por el ayre habrá venido:
no obstante, las diligencias
que habeis practicado estimo;
mas no volveré á los tres
á emplear en lo sucesivo
en tales cosas, pues maña
para esta no habeis tenido.

Los 3. Señor ::-

Fed. Tu hijo está preso,
Manfeld; pero de su brio
y constancia estoy prendado.

Manf. Nada diria.

Fed. No quiso;
¿pero qué es esto?

Sale el Ayudante. Señor,
con un ardor inaudito,
todo el color demudado,
y la voz trémula, quiso
Henrique Treslow entrar
á hablaros; reconvenido
de que mañana en la audiencia
podia hacerlo, altivo dixo
que ha de entrar hoy, que un asunto
muy grave viene á deciros;
ved, Señor, qué hemos de hacer.

Fed. Que entre.

Manf. Señor ::-

Fed. Que entre digo.

Ayud. Ya obedezco. *vase.*

Manf. Permitid
que os prevenga mi cariño
no os quedeis con él á solas.

Fed. Muy bien.

Manf. Ved que está ofendido
de vos, y ::- Pero á la vista
estaremos prevenidos.

Fed. Vete Manfeld: con el Rey
se queda aquí Federico.

Vanse los 4. y salen Henrique y el Ayud.

Manf. Esta osadia de Henrique
me ha dexado confundido.

Fed. ¿Qué querrá Treslow?

Ayud. Entrad. *se retira.*

Henr. ¿Estais solo, Rey invicto?

Fed. Solo estoy: ¿qué es lo que vienes
á decirme?

Henr. se ha esparcido,
Señor, una voz que contra
vuestro Real decoro ha habido
una mano tan traidora
que ha cometido el delito
de fixar un pasquin: que
irritado, con motivo,
vos del desacato habeis
ofrecido al que al iniquo
autor descubra cinqüenta
Federicos de oro.

Fed. Es fixo.

Henr. Pues, Señor, yo sé quien es,

Fed. ¿Tú?

Henr. Sí Señor

Fed. Imagino
que para adquirir mi gracia
ó el estipendio ofrecido
vas á calumniar á alguno;
y así procede con tino
en la delacion.

Henr. Señor,
á engañaros no he venido.

Fed. ¿Pues quién es el reo?

Henr. Yo.

Fed. ¿Tú?

Henr. Yo; sí Señor.

Fed. Indigno,
¿sabes el enormen crimen
que contra mí has cometido?
¿sabes que merecedor
del mas terrible castigo
te has hecho? ¿sabes que un Rey
es imagen de Dios vivo:
de Dios Teniente en la tierra;
y que es vil y está proscripto
por ley divina y humana
el vasallo que atrevido
profana en obra ó palabra
su sagrado distintivo?

Henr. Todo lo sé.

Fed.

Fed. Pues infame,
si lo sabes, ¿qué motivos
tienes para profanar
el nombre de Federico?
¿aquel Rey que por el Reyno
se ha expuesto á tantos peligros:
que ha ensalzado á sus vasallos;
y que tantos beneficios
hizo á la humanidad? ¿Callas?
¿qué cómplices has tenido?
tu silencio es sospechoso:
dí la verdad.

Henr. Solo he sido:
y en fe de eso mi cabeza
pongo á vuestros pies invictos:
aquí la teneis, mandad
que purifique un cuchillo
mi atentado, y desagravie
vuestro decoro ofendido:
no os detengais: haced luego
que me lleven al suplicio;
mas, Señor, una merced
tan solo quiero pediros,
y es que á mi muger le deis
los cinqüenta Federicos
de oro que por delatarme
á mí mismo he conseguido:
hacedlo, Señor, hacedlo,
para que en tanto conflicto
lleve el consuelo á lo menos
de que á mi muger é hijos
de la miseria en que se hallan
yo los dexo redimidos.

Quédase el Rey pensativo, y después dice.

Fed. ¿Con que de tí el atentado
nació?

Henr. Cierto.

Fed. ¿Y tú á tí mismo
te has delatado á fin de
poder con lo que he ofrecido
á tus hijos y muger
sacar del triste conflicto
de la miseria?

Henr. Así es.

Fed. Estoy absorto de oirlo. *ap.*
¿Ola?

Sale el Ayud. Señor::- *hacen que hablan aparte.*

Henr. De mi muerte
cercano el decreto miro;
pero muera yo, y no muera
toda mi familia; un frio
sudor ¡ay de mí! me cubre
al ver la afrenta y suplicio
que me espera... ¿mas qué tiemblo,
quando muriendo la alivio?

Ayud. Está bien: daos á prision,
Henrique.

Henr. Fuera delirio
rehusarlo: aquí me teneis;
pero, Señor, os suplico
que::-

Fed. Es en vano suplicarme:
reflexîona tu delito,
y por él juzga la pena
que mereces: harto digo.

Henr. Merezco, como antes dixe,
el mas infame castigo;
pero, Señor, entregad
los cinqüenta Federicos
á mi muger; que es la gracia
que iba de nuevo á pediros.

Fed. Bien está: Treslow, á Dios.

Henr. ¿Lo hareis, Señor y Rey mio?

Fed. Llévale.

Henr. Por Dios mirad
por mis inocentes hijos.

Fed. Yo te empeño mi palabra:
¿fias de mí?

Henr. De vos fio:
este consuelo á lo menos
llevo en tan grande conflicto.

Vase con el Ayudante ácia lo interior de la tienda.

Fed. Y bien, Federico, ya
el gusto te se ha cumplido
de saber quien es autor
del pasquin; ahora es preciso
que veas lo que hacer debes::-
mas no sé qué en Treslow miro
que mis rigores desarma,
y me dexa enternecido:
recelo aquí muchas cosas:
siento su fatal destino

y el de su familia, haciendo
unos esfuerzos tan finos
para socorrerla; pero
por el trono y por mí mismo
debo hacer un escarmiento,
si es como suena el delito.

Sale el Ayud. Tomad.

Entrega al Rey un bolsillo que pondrá sobre la mesa.

Fed. ¿Y Henrique?

Ayud. En el centro
de la tienda detenido
está como me ordenasteis.

Fed. ¿Y su muger, dime, vino?

Ayud. Afuera espera, pues tuvo
el que iba á darla el aviso
la fortuna de encontrarla
muy inmediata á este sitio.

Fed. Que entre, y vete tú.

Ayud. Del Rey
no penetro los designios. *vase.*

Sale Carl. A vuestros pies, Señor::-

Fed. Toma:
son cinqüenta Federicos
de oro: tu necesidad
remedia: á Dios: compungido
me siento.

Carl. Señor, el Cielo
recompense el beneficio
que me haceis, eternizando
vuestra vida entre los siglos.
¡O como en esto mostrais
que atendeis al afligido!
que vengáis vuestras ofensas
perdonándolas benigno;
y que de la humanidad
sois protector y padrino:
si supierais bien, Señor,
este auxilio compasivo
de qué cúmulo de males
nos saca? de qué conflictos
nos liberta; y de qué estragos
redime á mis tiernos hijos,
confundido quedariais,
de manera que vos mismo
os diriais: "el inmenso
"mar de piedad que en mi abrigo
"no basta á compadecer
"tanto tropel de martirios."
Pero, Señor, molestar
no quiero vuestros oidos
con tristezas: el contento
que dentro de vos concibo
por el bien que nos haceis
perturbar no determino
tampoco; si solamente
alabaros, bendeciros,
engrandeceros, loaros,
y con afectos rendidos
aclamar mi bien-hechor,
y padre de desvalidos.

Fed. No me estimes á mí el don,
sino solo á tu marido.

Carl. ¿No me le dais vos?

Fed. Es cierto.

Carl. Pues como vuestro lo estimo.

Fed. Pero es de parte de Henrique.

Carl. Pero á vos os lo ha debido;
con que así á vos solamente
agradezco el beneficio....

Fed. Muger, no me lo agradezcas,
enternecido.
y vete: en vano reprimo
el dolor, quando dá el rostro
de dolor tantos indicios. *vase.*

Carl. Estática estoy: absorta
he quedado: ¿Dios benigno,
qué es aquesto? ¿qué misterios
son estos que no distingo?
¿despues que me dió este don
compungirse Federico?
¿darme quando le tomé
el corazon un latido?
¿y de verle ahora agitarse
este cansado edificio
de la vida, de manera
que su total exterminio
parece que le ha llegado?
Algun arcano escondido
es preciso que haya en esto,
quando tan raros motivos
observo que::- Mas, mi Dios,
no es Henrique aquel que miro
conducir preso? Si: él es.

Sa-

Salen los dos Generales, el Ayudante, y quatro Granaderos que traen á Henrique preso.

¿Dónde vas, esposo mio?
Henr. ¡Duro encuentro!... tu miseria,
Carlota, ya he socorrido.
Carl. ¿Mas qué es esto?
Henr. Tierna esposa,
consuélate con tus hijos.

Le llevan, ella quiere seguirle, y los Granaderos la detienen con el fusil.

Sald. Id al Principal, y cuenta
que le hablen en el camino. *al Ayud.*
Carl. Henrique ::- mas no me dexan
seguirle; ¡duro martirio!
¿qué es esto? ¿quién á mi esposo
mandó prender?
Sald. Federico.
Carl. Federico?
Sald. Si Señora.
Carl. ¿Y por qué?
Sald. No sé el motivo.
Carl. ¿Y vos le sabeis, Señor?
Moll. Tambien le ignoro.
Carl. Dios mio,
descubrídmelo; mas ay,
para qué lo solicito,
saber, quando mis temores
claramente me lo han dicho.
Si en vuestro pecho, Saldern,
se encuentran algunos visos
de piedad, permitid que
seguir pueda á mi marido.
Sald. Compadezco vuestro llanto;
pero no puedo serviros. *vase.*
Carl. ¿Y vos, Mollendorf, podeis
hacerme este beneficio?
Moll. Si dependiera de mí,
vos tendriais este alivio. *vase.*
Carl. ¿En dónde hallaré consuelo,
en dónde encontraré auxîlio,
quando sordos los mortales
se obstinan á mis gemidos?
¿A dónde está la piedad?
¿á dónde está el patriotismo?
Entre los hombres dirán,
y yo entre las fieras digo:
entre las fieras, mas fieras
han fixado el domicilio:
pues á las fieras iré
á consolar mis gemidos,
á sosegar mis quebrantos,
á disipar mis martirios,
avergonzando á los hombres
que de mí no se han dolido;
¿pero qué digo? ¿á las fieras?
¿teniendo al Autor Divino,
que es padre de desdichados
y consuelo de afligidos?
A vos, Señor, solamente
me entrego en tanto conflicto:
á vos me acojo, y á vos
últimamente me abrigo.
Y si acaso me negareis,
por vuestros supremos juicios,
el consuelo, concededme
que muera con mi marido,
porque de una vez acaben
los pesares y martirios
que desfogan sus rigores
contra el triste pecho mio.

ACTO TERCERO.

Tienda del Rey con silla y bufete, en el qual habrá un plan: aparece Federico pensativo paseándose.

Fed. Este hecho me ha sorprendido
del todo: ¿mas la desgracia
de la familia de Henrique
es dable que sea tanta
que Henrique para su alivio
tomase la temeraria
idea de delatarse
á sí propio, por la baxa
recompensa que ofrecí
á qualquiera que indagara
quien era autor del libelo
que injurió mi nombre y fama?
tanta será; que si no
á una accion tan inhumana
no se hubiera conducido.

¡Ah

¡Ah miseria á lo que arrastras!
¿Que los hombres no se adhieran
á contribuir á las cargas
de la sociedad? ¿Que huyan
de la recompensa grata
que logra aquel que hace bien
con hacerle? ¿Y que se abatan
en el egoismo insulso
ó en la sensualidad vana,
sepultando los haberes
que deben dar á la santa
pobreza del semejante
que gime entre su desgracia?
¡O cómo truncas los frenos,
prevaricacion humana!
Esta accion de Henrique tiene
ó un gran fondo de constancia,
ó de desesperacion;
pero tantas culpas claman
contra él, que aunque quisiera
de algun modo disculparla,
los efectos que ha tenido
no dexan mirar las causas;
¿pero quién se acerca? ¿es Quintus?

Sale el Ayud. No Señor.

Fed. ¿Pues cómo tarda
en venir? ¿qué ha respondido
á mi recado?

Ayud. Que estraña
que vos le digais que venga
por su obra, quando dada
á ver no os tiene ninguna.

Fed. Mucho le picó la chanza
de la mesa: ¿dónde está?

Ayud. Está en la tienda inmediata.

Fed. Dile que mando que venga.

Ayud. Voy á serviros. *vase.*

Fed. Me enfada,
me sofoca mucho Quintus,
há mas de dos horas largas
que se fue serio, sin duda
por lo que le dixe; y trata
ahora de mostrar su queja
con no venir: fue pesada
la chanza, yo lo confieso;
pero debió tolerarla
mediante la amistad fina
que tenemos: ¡quánto tarda!
será menester dexar
de su trato la confianza,
y en su lugar buscar uno
que segun mi genio haga
las cosas; pero en viniendo
reprenderé su tardanza
de manera que conozca
que va á caer de mi gracia.

Sale Quint. ¿Qué me mandais, Señor?

Fed. Quintus, *(serio. apacible,*
dispon luego que nos traigan
los instrumentos, que tengo
de tocar contigo gana.

Quint. Ya voy, Señor: nuestro enojo *(alegre.*
del modo que viene pasa. *vase.*

Fed. Quintus es hombre de bien,
jamas me ha pedido nada,
ni le he dado nada; solo
me sirve bien porque me ama:
al revés de otros, que estiman
solamente á sus Monarcas
por el interes que adquieren,
ó los honores que ganan.

Sale Quintus con uno que trae dos flautas y papeles de música que pone sobre una mesa.

Quint. ¿Toquemos, Señor?

Fed. Toquemos:
mira cómo me acompañas.

Hacen que tocan un duo, y acabado se ponen á exâminar el plan.

Del camino de Berlin
ahora miremos la planta.

Quint. Mucho costará.

Fed. No importa,
porque el caudal que se gasta
en monumentos que sirven
de beneficio á la patria
evita la ociosidad,
y califica al Monarca.

Siguen mirando el plan, y sale Manfeld padre.

Manf. De paso que á recoger
entra del Rey mi eficacia
los dos expedientes que
le he entregado esta mañana;

el

el uno sobre la multa
que al Sóldado le señalan
por contrabando; y el otro
sobre la queja entablada
por Levitz en el suceso
de la estofa de Madama
la Princesa, observaré
cómo el Rey con mi hijo se halla.
¿Señor?
Fed. ¿Qué traes?
Manf. Venia
á ver si determinadas
teniais las providencias
de los expedientes::-
Fed. Basta;
te he entendido, que me diste
así que dexé la cama.
Los saca de las faltriqueras.
Sobre el Soldado he resuelto
esto: »Hallo que es arreglada *lee.*
»la pena de los diez mil
»escudos que se le cargan
»de multa; pero antes una
»justificacion exâcta
»me han de hacer, de dónde ó cómo
»puede un Soldado pagarla.«
Quint. Con qué energía mi Rey
reprende á aquellos que mandan.
Manf. ¿Y sobre el asunto de
la Princesa?
Fed. Aquí apuntada
tengo mi resolucion:
óyela: »Para que no haya *lee.*
»quejas, resuelvo que sean
»los derechos de la Aduana
»de mi cuenta: que la estofa
»la tenga libre Madama
»la Princesa; que se quede
»Levitz con las bofetadas;
»y en quanto al imaginado
»deshonor del que demanda,
»le relevo de él, respecto
»de que una mano tan alta
»no puede infamar á un
»Administrador de Aduanas.«
Manf. Señor::-
Fed. Hazlas estender,
que despues quiero firmarlas:
ha:- ¿y tu hijo ha declarado
quien tuvo la fiera audacia
de quererte asesinar?
Manf. No Señor; pero no falta
quien sospeche que fue Henrique.
Fed. ¿Y por qué tu hijo lo calla?
Manf. No lo sé.
Fed. Yo lo sabré:
hazlo traer á la gran-guardia.
Manf. ¿Para qué efecto?
Fed. Obedece.
Manf. Siempre está temiendo el alma. *ap.*
Fed. El silencio de Manfeld (*vase.*
hijo, la enemistad larga
del padre, y la situacion
en que Henrique Treslow se halla,
para decidir su suerte
me llenan de dudas varias.
Dent. Carl. Yo he de entrar á hablar al
y me ha de oir. (Rey,
Dent. Manf. Tu demanda
es inutil, porque ahora
mi Rey no puede.
Fed. Te engañas,
que para escuhar al triste
no tiene horas reservadas:
entre quien tenga que hablarme.
Quint. La muger desventurada
de Henrique es.
Fed. Mucho lo siento.
Sale Carlota descompuesto el cabello, y fuera de sí, con un hijo en los brazos y otro de la mano.
Carl. ¿Quién es el Rey? ¿donde se halla
Federico?
Fed. ¿Qué pretendes?
Carl. ¿Sois vos?
Fed. Sí: templa tu saña.
Carl. No os habia conocido.
Fed. ¿En qué pende que me estrañas?
Carl. En que no conozco el cuerpo,
como habeis mudado la alma.
La alma del gran Federico
era una alma justa, sabia
y compasiva; y la vuestra
es una alma arrebatada

y endurecida ; si no,
cómo es dable me entregara
á mí el precio de la vida
de mi esposo : aquella cara,
mitad de mi vida : aquella
alma , mitad de mi alma:
tomad, Señor, vuestro premio
inhumano, y sin tardanza
ocultadle de mi vista,
porque el horror que me causa
no me confunda : tomadle,
Señor : ¿lo rehusais? si osada
no pareciera , aquí mismo
con desprecio le arrojara.
¿Pero qué digo?::- ¿El dolor
dónde ¡ay de mí! me arrebata?
Perdonad, Señor, mi arrojo,
mi atrevimiento y audacia,
considerando que á ello
las desventuras me arrastran.
Señor, la culpa de Henrique
es no tener vuestra gracia
por causa de una calumnia
que le excitó una venganza;
pero aunque fuese culpado,
(que lo niego, aunque declara
serlo en el pasquin ; pues sé
que está accion es dimanada
de querer perder su vida
para aliviar nuestras ansias)
un hombre inocente, que
entre el rigor de la infamia
y de la miseria veia
confundirse::- Que buscaba
medios de manifestar
su desgracia á su Monarca,
y no conseguia nunca
que de vos fuese escuchada:
que tenia á su familia
entre el hambre sepultada,
sin esperanzas algunas
de poder auxîlio darla,
porque la herida del brazo
adoptar no le dexaba
la fatiga del arado
ni la pena de la azada:
¿qué estraño ni raro fuera
que al delito se arrojara?
Pero no es capaz Henrique
de cometerle : sondeada
tengo su alma, Señor:
es leal, justa y humana.
Al mirarse de la dicha
destituido : al ver que cada
instante iban en aumento
sus desventuras tiranas:
que sus hijos con quejidos
su corazon traspasaban,
respecto de que sin medios
para acallarlos estaba:
que á su infelice consorte
le acometian mil bascas
de necesidad ; y en fin
contemplando que la parca
á un tiempo nuestra exîstencia
iba á cortar ; se arrebata:
á la desesperacion
se entrega ; y busca la traza
de delatarse á sí mismo
para adquirir la vil paga
que ofrecisteis, á fin de
redimir nuestra desgracia.
Este horrible precipicio:
esta heroycidad insana,
que adoptó por su familia
su terneza extraordinaria,
sirva de compadeceros
y aplacaros : si no basta
esta accion, sirva una madre
y unos hijos que á las plantas
vuestras se postran : Señor,
tres cadáveres con alma
imploran vuestra piedad
en favor de Henrique : caras
prendas, abrazad al Rey,
y con lágrimas amargas
regad sus pies : suplicadle
que os dé á vuestro padre y haga
le vuelvan la libertad
y el honor : si no os aplacan
estas tres víctimas tristes
de la hambre : si no os ablanda
vuestra misma humanidad,
é insistis en la venganza
con-

contra Henrique , concedednos
que sigamos sus pisadas,
y que el castigo que sufra
entre todos se reparta;
que ya que en vida tuvimos
tanta parte en sus desgracias,
tengamos parte en su muerte,
cansados de sufrir tantas.
Fed. Si la Magestad ahora *ap.*
el llanto no refrenara
mosrraria mi flaqueza:
alzad : vuestra suerte amarga
compadezco ; y aunque sé
que en la disculpa me engañas,
sin faltar á la justicia,
ofrezco á Henrique hacer gracia.
Carl. Señor , que tiene enemigos.
Fed. Yo rectitud y constancia.
Carl. Mirad que son poderosos.
Fed. Solo el poder en mí se halla.
Carl. ¡Ah Señor!....
Fed. ¿Qué es lo que dices?
Carl. Que pues de Prusia Monarca
absoluto sois , veais
de indagar quien os engaña. *vase.*
Fed. Detente:- ¿Quién puede ser?
¿ eres tú , Quintus ?
Quint. Estraña
es , Señor , vuestra pregunta,
teniendo experiencia larga
de mi proceder.
Fed. Por todo
te picas.
Quint. Señor , me enfada
vuestra desconfianza.
Fed. Y bien,
qué juzgas de lo que pasa
con Treslow? hablame claro.
Quint. Señor , que hay mucha maraña
oculta que no penetro.
Fed. Yo veré de penetrarla;
¿ pero á mí engañarme? ¿á mí?
¿quién ó cómo? quando pasa
todo por mi mano : quando
no perdona mi eficacia
penalidad , ni tarea
en los asuntos que tratan
del gobierno : quando nadie
me merece una confianza
entera sino tú : Quintus,
esta advertencia , aunque dada
por una alma resentida,
ha hecho en la mia una llaga
tan penetrante , que dudo
se cicatrice hasta que haya
indagado si es verdad
que hay algunos que me engañan.
Quint. Yo por lo menos no soy.
Fed. ¿Quién será? ¿Quintus , lo alcanza.
Quint. No Señor ; pero así como
penetrais en las batallas
las ideas enemigas,
por mas que quiera ocultarlas,
las intrigas penetrad
que en los Palacios se fraguan,
y de esta suerte sabreis
quien miente ó quien verdad habla.
Fed. Vámonos , Quintus , que quiero
acercarme á la gran-guardia. *vans*
Interior de la gran-guardia con quan es preciso en ella : sale Henrique triste y pensativo.
Henr. Funestos recuerdos,
memorias amargas,
dexad de afligirme,
de acrecentar dexad mi suerte infausta.
¡Oh calumnia impía!
¡oh villana saña!
¿ á qué precipicio
arrastrasteis de Henrique las pisadas?
Mortal afligido,
¿en qué estado te hallas?
en el mas funesto
que depararme pudo la desgracia.
Mas que mi desdicha
en afliccion tanta
siento el desconsuelo
que á mi muger é hijos les aguarda.
Hijos de mi vida,
pedazos del alma,
la deshonra y llanto
es la herencia que os dexo vinculada.
Funestos recuerdos,
memorias amargas,
de-

dexad de afligirme, ta.
de acrecentar dexad mi suerte infaus-

Se sienta, queda pensativo, y sale el Capitan Manfeld.

Cap. Desagravio injusto,
iniqua venganza,
¿qué abortar podiais
sino furias, horrores y desgracias?
No acertó mi padre
en vengar mi falta
con una calumnia
que le puede adquirir del Rey la saña.
Si este enorme crimen
el tiempo le aclara,
la suerte de Henrique
en su cabeza es fuerza que recaiga.
¡Oh cómo me agita
el ver que el Rey manda
que aquí me conduzcan
desde el castillo donde preso estaba!
Y aunque es porque diga
quién fue el que intentaba
dar muerte á mi padre,
no sé qué sustos me predice el alma.
Desagravio injusto,
iniqua venganza,
¿qué abortar podiais
sino furias, horrores y desgracias?

Henr. Otro desdichado
preso allí se halla.

Cap. Allí otro infelice
sufre de la prision la triste carga.

Henr. ¿Capitan?...

Cap. ¿Henrique?...

Henr. ¿Tú preso en la guardia?

Cap. Solo por salvarte.

Henr. Sé que has hecho por mí mas que pensaba. *dentro caxas.*

Cap. Pero el Rey se acerca.

Henr. El pecho desmaya.

Cap. Cobra, Henrique, aliento,
que no habrá cosa que por tí no haga.

Henr. Tú de mi desdicha
sabes que eres causa.

Cap. Pues fuí causa de ella, *vanse.*
si quieres moriré por subsanarla.

Salen Federico, Saldern, Mollendorf y el Ayudante: traerán una mesa, á la que se sienta el Rey, y los demás ocupan sus lados.

Fed. ¿El joven Manfeld, decidme
se ha presentado en la guardia?

Ayud. Sí Señor.

Fed. A mi presencia
hazle venir sin tardanza:
despues á Henrique Treslow
llamame, que aunque su causa
es distinta, puede ser
que tenga parte en entrambas.
Vase el Ayudante.
El silencio de este joven
de dudas me llena el alma.

Sale el Capitan Manfeld como preso

Fed. Capitan, acércate:
reflexîona con quién hablas,
quién te pregunta, y de quién
en este caso se trata:
se trata de la obediencia
que debes á tu Monarca,
y de la vida de un padre
que te dió el sér; circunstancias
que con el mayor respeto
deben de tí ser miradas,
y que debes preferir
á qualquiera idea vana:
en este supuesto, dime
de quien fue la mano osada
que los dias de tu padre
quiso arrebatar; despacha,
y no abuses del favor
que te dá mi tolerancia.
¿Quién fue?

Cap. Siento que otra vez
expongais mi suerte escasa
á tenerlo que callar.

Fed. Por el juramento: basta,
insistir no quiero; pero
ya que el asesino callas,
me has de decir los motivos
que á callarle te dan causa.

Cap. Tampoco decirlos puedo.
Cómo si de ellos dimana *ap.*
la perdicion de mi padre.

Fed. ¿No puedes?
Cap. No, mi Monarca.
Fed. Pues por vida de mí mismo
que he de indagar esta trama:
dime quien fue el agresor,
si no quieres que mi saña
descargue sobre tu vida
todo el enojo que guarda.
Cap. Vuestra es, aquí la teneis;
quitadmela sin tardanza.
Fed. Morirás pues::-
Sale Henr. Suspended,
gran Señor, vuestra venganza;
y si á muerte condenais
á este joven, porque calla
el agresor, no es razon
viendo una accion tan hidalga
que lo sufra; yo lo soy.
Cap. El corazon me traspasa *ap.*
esta accion de Henrique: ¡ay Dios!
¿qué haré por recompensarla?
Fed. ¿Hasta á qué extremo, infeliz,
tus desvaríos te arrastran?
¿qué te hizo el recto Manfeld?
Henr. Confundirme en la desgracia.
Fed. Tu delito fue.
Henr. Mirad
que serví bien á mi patria,
y que tengo tres heridas
que lo dicen.
Fed. ¿Y las cartas
traidoras que al enemigo
se cogieron?
Henr. Fueron falsas:
fueron supuestas, Señor,
por una mano villana.
Fed. ¿Pero por quién?
Henr. Yo sospecho
que por Manfeld.
Cap. Calla, calla,
y no injuries de mi padre
la conducta acreditada.
Fed. ¿Y en el Consejo de Guera
fue esa nulidad probada
por tí? bien te acordarás
que se declaró por falsa:
Henr. Sin embargo á un inocente
sentenciaron á la infamia
de la vil degradacion:
¡cómo se estremece el alma
al acordarme que fui
de las guerreras esquadras
con deshonor arrojado
por un Tambor! Las palabras
se confunden en la boca
con memorias tan amargas.
Fed. Supongamos que tú entonces
fuiste inocente, y que falsas
fueron las cartas: ¿pretendes
que las viles asechanzas
de aspirar contra Manfeld
y ultrajar á tu Monarca
no se tengan por delitos?
Henr. Sé que lo son; mi ignorancia
no podia sugerirme
unas ideas tan vanas;
pero un hombre sin honor,
sin consuelo, ni esperanza,
destituido de los medios
que endulzan la suerte amarga;
con dos hijos y muger
que el alimento clamaban,
que pretende que le oigan,
y en vez de oirle le infaman;
y en fin que vé á su familia
casi de hambre devorada;
¿qué enormidad, qué delito
no cometerá? La infausta
situacion en que me veo,
gran Señor, es dimanada
del rigor de la pobreza
y de la injusticia: causas
que hay poquísimos delitos
en que ambas no esten mezcladas.
Fed. Está bien; ¿pero por medio
del delito remediabas
tu miseria?
Henr. No Señor,
pero mi pena alhagaba.
Fed. ¿En qué, quando á un vil suplicio
tu persona encaminabas?
Henr. Un mortal desesperado
solo piensa en su venganza.
Fed. ¿Por qué de mí y de Manfeld

ven-

vengarte solo tratabas?
Henr. De vos porque no me oiais,
y de él porque lo estorbaba.
Fed. Siendo tu enemigo el padre,
¿en qué pende que te calla
el hijo el delito?
Henr. Pende
en que resarcirme trata
los daños que á mi inocencia
hizo la calumnia insana.
Fed. Casi todo delinqüente
de impostura al crimen trata.
Henr. Si lo fui entonces ó no,
él lo sabe aunque lo calla.
Fed. Pero lo dirá.
Cap. ¡Ay de mí!
en qué aprieto se halla el alma. *ap.*
Fed. Joven Manfeld, del enigma
que con tanto teson guardas
es fuerza rompas el velo,
porque visto de él la cara
pueda conocer del modo
que he de juzgar esta causa.
¿Fue Henrique inocente quando
se interceptaron sus cartas?
dí la verdad: ¿te confundes?
¿te demudas y acobardas?
¿fixas al suelo la vista
y despues discurres? habla.
Cap. Señor, qué sirve que yo
sobre las causas pasadas
diga lo que diga, si
las presentes circunstancias
exîgen para decoro
de vuestra persona sacra
un castigo enorme: fuera
de que mi silencio se halla
con unos grillos tan fuertes,
que antes que del pecho salga
moriré mil veces: esto
supuesto, la pena que haya
que imponérsele á Treslow,
sobre mí, gran Señor, caiga,
á mas de la que merezco;
permitidme que le haga
este obsequio, para que
minore así su desgracia:
á vos que muera yo ó él
juzgo no os es de importancia.
¿En él qué á castigar vais?
el delito, cosa es clara:
este me le achaco yo;
con que así aunque en mí recaiga
el castigo, nadie debe
estrañar esta mudanza.
Con que, Señor y Rey mio,
concededme aquesta gracia
para que por medio de ella,
en lucha tan inhumana,
quede el silencio conmigo
y la Magestad vengada.
Fed. Estos resortes que mueven
acciones tan desusadas
aumentan cada vez mas
las dudas que en mí batallan.
Henr. ¿Pero discurres que yo
viendo una accion tan hidalga
habia de consentir
que la pusieras en planta?
No, Manfeld, ni el Rey tampoco
accederá á tus instancias:
el Rey no ignora que yo
contra la deidad sagrada
de su persona dicté
un libelo: que mi audacia
en la vida de tu padre
quiso ensangrentar mi rabia;
y que en mí debe el castigo
recaer de estas dos causas.
Cap. Pero el Rey comutar puede
que la pena en mí recaiga.
Henr. No lo hará el Rey.
Cap. Sí lo hará.
Los dos. Porque el Rey puede::-
Fed. Ya basta.
Sald. Esta accion me ha sorprendido.
Moll. Os confieso que es bizarra.
Fed. Vamos. *se levanta.*
Los dos. Gran Señor, mirad::-
Fed. Quédense ambos en la guardia
presos hasta que resuelva;
enterados que mi saña
pronunciará contra el reo
la sentencia mas infausta.

Cap. ¡Pobre Henrique!
Fed. A Dios.... Escucha:
decirte se me olvidaba
que exâmines si en los hechos
que tu causa tanto agravan
alguna disculpa encuentras
que los minore ó deshaga:
¿lo entiendes?
Henr. Sí Señor.
Fed. Bien
está: piénsala, y si la hallas
me la dirás.
Henr. Ahora mismo
si quereis en dos palabras
os la diré.
Fed. ¿Hay á tu culpa
disculpa que satisfaga?
Henr. Esta:
Fed. Dila.
Henr. Suplicaros
solo que quando mi causa
sentencieis á la memoria
tengais que aunque sois Monarca
sois hombre, y que de otro hombre
la flaqueza castigada
á dexar vais; no tengo otra.
Fed. A Dios. *vase enternecido.*
Sald.y Moll. Siento tu desgracia. *vanse.*
Cap. El Rey se va enternecido.
Henr. Sin embargo mi esperanza
desmaya, y otro consuelo
que el de un suplicio no aguarda;
y así por mí has hecho mal
en perder del Rey la gracia.
Cap. Hice aquello que debia
y el corazon me dictaba;
y haré por tí mucho mas;
pídeme.
Henr. Solo mis ansias,
despues que muera, te piden
que mires por mi cuitada
consorte; que cuides de
mis dos hijos en su infancia,
y remedies la estrechez
en que los dexo: esta carga,
esta pension, solo dexo
á tu piedad encargada:
con lagrimas te lo pido:
¿lo harás?
Cap. Te lo jura el alma.
Henr. Este consuelo en mi muerte
tendrán siquiera mis ansias. *vase.*
Cap. ¡Ay de mí! en que aprieto estoy:
¿qué he de hacer en pena tanta?
¡pero mi padre!::-
Sale. Manf. Hijo mio...
¿El Rey se fue?
Cap. Sí: ahora acaba
de salir de aquí.
Manf. ¿Has mostrado
aquella noble constancia
que de mí heredaste?
Cap. Padre,
estraño con justa causa
tal pregunta: de vuestro hijo
no teneis que temer nada,
pues primero que inculcaros
sabré perder vida y fama.
Manf. Siendo así, prósperamente
saldremos de esta borrasca;
mediante á que el Secretario
que falsificó las cartas
que arrinuaron á Treslow
ahora de morir acaba
en Magdembourg: por la posta
que llegó de aquella Plaza
con los pliegos para el Rey
lo he sabido: con que trata
de tranquilizar tu pecho,
que el temor de que aclarára
mi calumnia algun suceso,
muerto el Secretario, acaba.
Cap. Para sosegar mis dudas
ningunas noticias bastan.
Manf. Hijo, depon tus recelos,
y á Dios; que en las circunstancias
presentes vernos á solas
puede causar desconfianza;
y acuérdate que mi vida
en tu secreto descansa. *vase.*
Cap. Id con Dios; y quiera el Cielo
que falsos mis miedos salgan.
vase.

Tienda del Rey: sale este, Saldern, Mollendorf y Quintus: el Rey lee un papel con admiracion.

Quint. ¿Esta carta que el Rey lee
¿qué contendrá, que le admira
tanto?

Sald. Alguna cosa grave
será quando le concilia
así la atencion.

Moll. ¿No ves
cómo sobre ella medita,
despues se pasea, y luego
en ella á fixar la vista
vuelve?

Sald. Sí.

Fed. Esto va bien, *guarda la carta.*
Federico: me precisa
consultar con Mollendorf
y Saldern ciertas noticias,
Quintus, con que hasta que acabe
espérame aquí. *vanse los tres.*

Quint. ¿Qué enigma,
qué arcano es este que el Rey
de mi amistad no le fia?
de poco tiempo á esta parte
conozco una antipatía
y una desconfianza en él,
que el corazon me contrista.
A la verdad que si nace
de los tiros de la envidia
de algun Cortesano que
á derribarme conspira,
desde luego yo le cedo
las desazones y riñas
que el valimiento del Rey
dispensa á la amistad mia;
pero los dos Generales
vuelven.

Sale Sald. Quanto me lastíma
la suerte de Henrique. *vase.*

Sale Moll. El pecho
de dolor casi no aníma. (*vase.*

Quint. Muy tristes van, y el Rey vuel-
lleno el rostro de alegria. (ve

Sale Fed. Vamos, Quintus: ¿te has pi-
(cado?

Quint. Un poco, Señor.

Fed. Debiais
considerad que hay secretos
que á los Reyes los precisan
ocultar de ciertas gentes.

Quint. Una vez que desconfia
vuestra Magestad de mí,
no tendrá á mal que le pida
licencia para volverme
á mi Cuerpo.

Fed. Concedida
la tienes: quando tu quieras
puedes marchar.

Quint. ¿Tanta prisa
teneis, Señor, en echarme?

Fed. ¿Dexarme no solicitas?

Quint. ¿Dexaros Quintus, Señor?
no puede ser mientras viva.

Fed. ¿No lo has dicho?

Quint. Si lo dixe,
dixe mal.

Fed. Caracterizas
cada dia tu honradez
mas y mas: mi compañia
y amistad disfrutarás
mientras me dé el Cielo vida:
¿te contenta?

Quint. Sí Señor,
y os doy gracias repetidas.

Fed. Del misterio que excitó
tu queja tendrás noticia
antes que ninguno: ¿estás?

Quint. No penseis que fue nacida
de curiosidad.

Fed. Ya estoy:
y pues goza de tranquila
paz el corazon, un rato
déxame ir, si no te picas,
á meditar varias cosas
con la soledad, mi amiga.

Quint. Vos me avergonzais.

Fed. A Dios;
y no me pierdas de vista. *vase.*

Quint. A mi entender inmortal
Federico ser debia. *vase.*

Acampamento: á la voz del Ayudante toca un tambor á orden, y despues salen varios Sargentos con sus fusiles, y un libro en la mano: de la gran-guardia sa-

sale un piquete de quatro Soldados y un Cabo, los quales ocupan los quatro ángulos del círculo ó corro que forman: todos los que toman la orden han de estar con el sombrero en la mano.

Ayud. Toca á orden:

Ahora toca el tambor, y salen.

no penetro
por qué el Rey con tanta prisa
manda formar á estas horas
en la llanura vecina
sus tropas. Id escribiendo.

Nota el Ayudante la orden, que hace que lee en un papel: los Sargentos la escriben en los libros; y salen Saldern y Mollendorf.

Sald. ¿Está por vos prevenida
la tropa que debe al reo
conducir á donde sirva
con su escarmiento de exemplo
á las almas vengativas?

Moll. Ya está: ¿y ha enviado el Rey
la sentencia?

Sald. Todavia
no; pero ofreció enviarla
con Quintus.

Moll. Será inaudita
sin duda: ¿y la de Manfeld
hijo está ya decidida?

Sald. Juzgo que no.

Moll. Este suceso
el corazon me contrista.

Sald. ¿Disteis la orden?

Ayud. Ya está dada.

Todos los de la orden se retiran.

Moll. A formarse á toda prisa
en el lugar señalado
todos los cuerpos asistan. *vase.*

Sale Carlota sostenida de Cristina.

Carl. ¿En dónde dices que se halla
preso mi esposo, Cristina?

Crist. Allí, Señora.

Carl. ¡Ay de mi!
estoy tan desfallecida,
que apenas acierto á verlo:
¿habrá alguna alma benigna
que apiadada de mi suerte
entrar dentro me permita?

Crist. ¿A qué fin quereis entrar?
¿á renovar las heridas
de vuestra pena y la suya?

Carl. A consolar su desdicha;
á decirle que su Rey
dixo que le aplicaria
quanta gracia permitiese
lo recto de su justicia.

Caxas dentro tocando llamada

Crist. ¡Ay Señora!

Carl. ¿Qué rumor
es este que el pecho agita?

Crist. Que todo el acampamento
en movimiento se mira.

Carl. ¡Esta novedad no sé
qué males me pronostica!
¿qué es lo que juzgas tú de esto?

Crist. Que querrá, como otros dias,
Federico exercitar
sus Soldados: disuadirla
de lo que será es forzoso, *ap.*
para que mas no se aflija.

Carl. Con eso tendremos mas
oportunidad, amiga,
de poderle hablar: lleguemos,
que quizá tendré esta dicha.

Crist. Dexarlo para mañana
juzgo que mejor seria,
pues viniendo antes del alba
de nadie seremos vistas.

Carl. Lleguemos ahora.

Crist. Mirad::-

Carl. En vano á impedirlo aspiras:
¿pero ¡mi Dios! qué he mirado?

Crist. La escena que yo temia.

Carl. ¿A quién conduce la tropa
que á este sitio se encamina?
Henrique es... Es-po-so.

Cae en brazos de Cristina.

Crist. El habla
perdió; pero con la vista,
á pesar de su transporte,
sus sentimientos explica.

Habrán sacado á Henrique preso en medio de un piquete de Granaderos, que al son de la marcha atraviesa: Corlota

al conocerle va á arrojarse á él, pierde el habla, y queda como fuera de sí; pero con los ojos y las acciones manifiesta sus sentimientos: Henrique corresponde; y dice al entrar:

Henr. Dios mio, dadme valor:
cuida de tu ama, Cristina. *con esfuerzo.*
Crist. ¡Este espectáculo triste
quánto el pecho me contrista!
Carl. Hen-ri-que, es-po-so, mi bien,
Pronunciándolo con trabajo.
¿dónde vas? ¿dónde caminas?
¿al suplicio?... ¡qué terror!
Cristina, á quitar la vida
á mi esposo van... ¿Es esta
la gracia que el Rey me habia
prometido?... ¿Su palabra
de esta manera acredita?...
¡Ay Dios! ¡el Rey me ha engañado
para sosegar mis iras!
pero aunque exânime el cuerpo
casi del todo se mira,
los espíritus vitales
el brio me vigorizan
para librar á mi esposo
del rigor de la ignominia.
Ven, Cristina, sígueme;
y aunque conozco yo misma
que no es dable que un cadaver
de denuedo se revista,
yo le tendre; sí: que como
mi interior tan solo abriga
enojos, rencores, sañas,
agravios, furias é iras,
los resortes que en mi pecho
el corazon vivifican
descubrirán sus efectos
en favor de mis desdichas;
y quando no llamaré
á las sierpes de la Libia,
á las fieras de la Hircania
y á los monstruos de la Scitia
para que envenenen, maten
y devoren al que impida
que la vida de un esposo
salve una esposa afligida.

Espaciosa llanura con vista del castillo de Spandau: sale en formacion el Cuerpo de tropas que pudiere; da vuelta por el Teatro, y se forma, quedando las banderas en medio: Saldern va delante, y Mollendorf detras con las espadas desnudas: Saldern manda las evoluciones necesarias.

Sald. Aun Quintus no ha parecido
con la sentencia prescripta
á Treslow: ojalá que
su tardanza fuese hija
del perdon, pues se interesa
mi compasion por su vida.
Moll. Ya aquí conducen al reo:
en cada pie un monte anima:
¡Oh fragil humanidad,
qué contristada te miras!

Tocan caxas de una y otra parte; sale Henrique en el piquete, y despues Quintus.

Quint. Aquí teneis la sentencia
del Rey: al momento abridla,
y en público al reo leedla
para que de exemplo sirva.
da un papel á Saldern.
Sald. Ven, infeliz.
Henr. ¡Ay de mí!
Sald. Oye del Rey la justicia...
¿pero qué es esto?... Silencio
mientras mi voz la publica:
por el Rey: Gobernador
de Spandau Henrique.
Todos. Viva
la piedad del Rey.
Moll. Absorto
estoy con tan imprevista
dicha. En semejante caso
nadie esperarla podia.
Henr. ¿Qué decis? *confuso.*
Sald. Que los honores
militares que teniais
manda volveros el Rey,
y de Spandau os confia
el gobierno.
Henr. ¡Rey piadoso!
Sald. Su decreto así se explica.
Lee.

Lee. Mi General Saldern: Asi que leas esta darás á reconocer á Henrique Treslow por Gobernador de Spandau, y le volverás los honores y grados militares que tenia, pasando el de esa Plaza á la de Glatz, que aunque como Rey debia castigar sus atentados, exigen mi humanidad y otras razones que le perdone. = Federico.

Henr. Supremo Hacedor, enviad
á Carlota esta noticia.

Moll. Feliz Henrique, ven, y
las ceremonias debidas
para volverle sus grados
se executen.

Quint. ¡Qué alegria!
me he enternecido: como este
no tuve un dia en mi vida.

Se executan las ceremonias de volverle sus honores militares; y acabadas, á la voz de Saldern rompen las caxas con la venida del Rey, á quien presentan las armas y baten las banderas.

Sald. Que viene el Rey.

Henr. ¿El Rey viene?

Salen Federico, Manfeld padre é hijo.

Henr. Señor::-

Fed. Alza: tu desdicha
troqué en dicha: ¿soy avaro?
¿soy injusto? No te aflijas
con el recuerdo: á tu amigo
abraza al punto, y confia
que atenderé su honradez.
abraza al Capitan.

Manf. Como me muerde la envidia *ap.*
el corazon, contemplando
mudanza tan repentina.

Henr. ¡Quánto te he debido! el Cielo
recompense tus fatigas.

Cap. No me des gracias, amigo,
por aquello que debia
por mí mismo executar:
sin embargo de estas dichas *ap.*
el corazon en el pecho
entre temores vacila.

Fed. ¿Qué es eso, Treslow, qué buscas?
¿qué es lo que te martiriza?

Henr. Mi pobre muger::- mis hijos::-

Fed. ¿Ola?

Ayud. ¿Señor? *vanse los dos.*

Henr. ¿Si mi impia
suerte la habrá apresurado
la carrera de sus dias?

Saca el Rey á Carlota en los brazos medio desfallecida.

Carl. ¿A dónde vuestra piedad
me lleva?

Fed. El peso me alivia,
Treslow, ya ves que esta carga
es mas tuya que no mia.
pásala á sus brazos.

Henr. ¿Qué decis?

Carl. ¿Qué veo?...¿Esposo?...

Henr. ¿Carlota?

Carl. Bien de mi vida. *se abrazan.*

Henr. ¿Y mis hijos?

Fed. Aquí están.

El Ayudante los saca, y el Rey se los presenta.

Henr. ¡Hijos del alma! ¡Cristina!

Fed. ¿Señora Gobernadora
de Spandau, usté imagina
todavia que el Rey tiene
la alma arrebatada?

Carl. Mi ira,
Señor::-

Fed. Está bien: ¿de un Rey
quereis pruebas mas benignas?

Carl. ¿Qué mas habeis ya de hacer
por un padre de familias?
Vos le habeis vuelto el honor,
vos le indultais la perfidia,
vos le colmais de favores,
vos le volveis á dar vida:
el Cielo por tantos bienes
eternice vuestras dichas.

Fed. Henrique, como Monarca
perdonarte no debia;
pero recibí tu ofensa
como hombre; y en esta fixa
inteligencia, como hombre
te perdoné, con la mira
de que de un vasallo osado

un

un vasallo fiel haria:
esto te prevengo, á fin
de que con lealtad me sirvas.
Henr. en mi pecho estará siempre
la gratitud esculpida.
Fed. Y bien, Manfeld, ¿qué discurres
del suceso de este dia?
Manf. Que dais alas, gran Señor,
contra vos á la osadia.
Fed. Eso es porque no castigo
tu ofensa.
Manf. Señor, la mia
yo se la perdono.
Fed. Yo
no, y al reo que motiva
todo este tropel de males
han de castigar mis iras.
Manf. ¿ Como ?
Fed. Lee este papel, *saca un papel.*
y confúndate su vista:
un pliego es de Magdembourg:
su Gobernador lo envia.
Manf. Señor::- *rehusa tomarlo.*
Fed. Lee: *lo toma.*
Cap. Los temores *ap.*
no en valde el alma oprimian.
Manf. » Mi Rey, para presentarme
»ante el autor de mi vida
»sin el peso de un delito
»que mi conciencia acrimina,
»declaro que aquellas cartas
»que con el nombre y firma
»de Henrique(¡ay triste!)al contrario
»se supusieron cogidas,
»las fingí por orden de:::-
Yo muero en tanta desdicha.
Fed. prosigue.
Manf. »De Manfeld padre,
»á quien entonces servia:
»el qual adoptó este ardid
»por encono que tenia
»con Treslow: lo que declara
»mi conciencia (¡qué agonia!)
»á fin de que su inocencia
»liberteis de la injusticia:
»todo lo qual (¡oh Dios!) mi
»fe jura, y jurando espira...
»Presenciaron este acto
»todos los que abajo firman:
»El General Leitz, él mayor
»Bebern."
La confusion mia *representa.*
no me permite seguir;
y así á vuestras plantas.
Fed. Quita,
impostor: de mis Dominios
sal luego, antes que mis iras
aborten en tu castigo
todos los rayos que vibran.
¡Quántos males tu impostura
ha causado á esta familia!
Cap. Señor, en favor de un padre
no es raro que un hijo pida;
y asi::-
Fed. por tus calidades
y tu conducta exquisita
en dos años de destierro
su pena conmuto.
Manf. Vivais,
Señor, mas edades que
arenas el mar liquida:
perdona, Henrique: el rubor
no me dexa alzar la vista.
Fed. Que marche el cuerpo de tropas
á sus tiendas: la delicia
que despues de tantas penas
os proporciona la dicha
id á disfrutar: y á Dios.
Vamos, Quintus.
Quint. La noticia
de este suceso la fama
la publicará algun dia.
Fed. Que soy padre de mis pueblos
me contentaré que diga.
Carl. ¿Quién puede negarlo?
Fed. Vamos.
Carl. Despues de tantas desdichas
al fin dexó la inocencia
confundida á la malicia.
Todos. Por ellos á rendir á Dios
vamos gracias repetidas.

FIN.